

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: libreria española de Mellado, rue de Provence, núm. 12.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

ADVERTENCIA.

Con el presente número termina la publicacion de este periódico. La coleccion, que forma un elegante album con 330 grabados, se vende encuadrada á la rústica, con una bonita cubierta, en el despacho de Madrid y en las comisiones de provincia.

SUMARIO.

ARTICULOS. Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernandez Villabril. — Roma. — Variedades. — Venecia y Amsterdam. — Una excursion arqueológica a Java. — Desgracias de un hombre feliz. — Anuncio.
GRABADOS. Acueducto de Segovia. — Puente de Rialto en Venecia. — Puente de Amsterdam. — Fuente de Djelot Toundo. — Ruinas de Pampang. — Ruinas de Modjopahit: templo de Moeteran.

Maravillas del arte y de la industria.

XIV.

RUINAS Y RECUERDOS.

La península española es célebre por sus muchas ciudades antiguas en que desplegaron nuestros antepasados su genio creador con obras admirables, que recuerdan ó han sido testigos de sucesos gloriosos consignados en las páginas de nuestra historia. España no cede á ningún país extranjero en monumentos artísticos, que por su antigüedad, su gallardía, y lo gigantesco de sus formas, llamen con justicia la atención de los curiosos y de los viajeros. Aunse conservan vestigios de los edificios magníficos con que los romanos embellecieron nuestro país, ya consolidado en el su dominio. Mérida, Tarragona, Sagunto, conservan ruinas de templos, circos y acueductos, y entre estos últimos, el de Segovia aun sirve para el fin con que fué construido: al verle tan bien conservado, cuesta trabajo creer sea tan antiguo como se dice por los historiadores. Tan célebres ruinas, con los alcázares y catedrales, y esas torres mágicas de la Alhambra, hacen que no envidiemos el Partenon, las pirámides de Egipto, el Coliseo y el Vaticano de Roma.

Las ciudades antiguas con sus calles estrechas, lóbregas y tortuosas, con sus casas apiñadas unas sobre otras, son las que mas me interesan. Me recrea el aspecto de aquellos pueblos donde se ven lápidas mutiladas, sepulcros desmoronados, almenas derruidas y murallas cubiertas de yedra.

Quando al recorrer una ciudad antigua ó de la edad media, se llega á un monumento consagrado por la mano del hombre á perpetuar una accion memorable ó un recuerdo sublime, allí es donde el viajero se detiene con respeto, allí olvida lo presente y resucita los héroes de la antigüedad, con sus placeres, sus dolores, sus virtudes, sus crímenes y sus pasiones de fuego. Su imaginacion le representa siglos enteros de poesia y de gloria, coronados con su misteriosa aureola, y halla un tesoro de sensaciones hasta en las mismas piedras que ofrecen reflejos de lo pasado. ¡Dichoso el que sabe leer aquellas historias, llenas de vida é interés, escritas en una muralla desmoronada, en el umbral rozado de una puerta, y en su mutilado escudo de piedra herroqueña! La historia interior y política, la moral, la de los progresos de las artes y la industria, se hallan escritas en las catedrales, en los castillos feudales y en las construcciones civiles de los siglos medios. Los hechos se cuentan allí tan bien como en un libro, y prestan un encanto indecible á los monumentos que los conservan. ¡Qué de escenas terribles, escenas de sangre y desolacion, no han sucedido allí donde se dirige una mirada indiferente! ¡Cuántas generaciones de hombres que no existen, se han aglomerado en aquellos sitios! Tal vez fueron honrados con la presencia de los Escipiones, Pompeyos, los Recaredos, Alfonsos, los Cides, Fernan Gonzalez y otros gigantes de la fama. Mezcladas están en aquel suelo las cenizas de cartagineses, romanos, godos, árabes, moros, y españoles, que por tantos siglos se le han disputado. Los monumentos en si mismos, son una de las paginas brillantes de nuestra historia, porque fueron erigidos en memoria de alguna empresa esclarecida ó hazaña memorable. Así es como se descubre en la catedral primada de Toledo, toda la antigüedad piadosa de la España cristiana, y los románticos tiempos

bre victoria de San Quintin. Por estas razones se hace tan interesante el examen y reconocimiento de las antigüedades nacionales; porque son nuestros títulos de gloria, y porque se complace uno en pensar que los hombres célebres de la historia han estado allí, y han contemplado aquellos mismos sitios, aquellos campos testigos de sus victorias, y aquella arena enrojecida mas de una vez con sangre de nuestros enemigos. Este es el lazo misterioso de recuerdos que enlaza las generaciones presentes con las generaciones pasadas, y uniendo los siglos, hace de toda la humanidad una gran familia.

Al ocuparse hoy día de estos recuerdos gloriosos de lo pasado, comunes á todas nuestras antiguas ciudades, la imaginacion asaltada con las amarguras de lo presente, siente cierta tristeza al recordar el esplendor antiguo.

Aun se ostentan en pie en algunas ciudades, los monumentos testigos de la dominacion romana en nuestro suelo; en otras, como Córdoba y Granada, están mas vivos los recuerdos y las tradiciones de los árabes y los moros; caracteriza á otras muchas el espíritu de la edad media, así como las artes á Sevilla, á Málaga y Cádiz el comercio. Hay, sin embargo, un carácter mas general, considerando exclusivamente la parte de las antigüedades, y éste en todas partes ofrece el mismo aspecto. Una aglomeracion indigesta de casas, semejantes unas á otras, mitad piedra, mitad ladrillo ó madera, y estas apiñadas casas se ven cortadas irregularmente en todos sentidos por un laberinto de calles estrechas y tortuosas, silenciosas por el día, lóbregas y abandonadas por la noche. Aquí un pórtico cincelado ó una hermosa puerta árabe, engastada en una pared moderna; mas allá, una ventanilla de finos arabescos, dividida en dos por una columnilla, y allá á lo lejos se ve descollar alguna torre árabe con sus mosaicos de porcelana, ó alguna mezquita morisca convertida en iglesia católica. No faltan tampoco pegotes de yeso miserable contrastando con las venerables ruinas, ni muchas curiosidades artísticas, desfiguradas con objetos mezzquinos que tienen en derredor, ni arbolitos verdes extendiendo sus frescas y flexibles ramas entre tapias derruidas.

En lo exterior suele ser el aspecto mas risueño, porque nuestras ciudades, agradablemente situadas, tienen por lo regular, unas inmediaciones en que la naturaleza ofrece vistas pintorescas. Para disfrutarlas en toda su estension, es preciso subir á las encumbradas almenas de los castillos, de los torreones, de los alcázares, ó á las calladas linternas de alguna catedral, y contemplar desde allí el delicioso panorama que se tiene á la vista. A los pies, la ciudad con sus variados edificios que reflejan los encendidos rayos del sol, ó se destacan admirablemente, sirviéndoles de fondo el sereno azul del cielo. Un rio que corre magestuosamente

brillando á trechos como plata, y que despues de bañar los cimientos de las murallas, se pierde á lo lejos entre las masas de verdor. Una vega deliciosa embellecida con toda la pompa de la vegetacion, y allá en el horizonte, se perciben, gracias á la transparencia del aire, mil colinas que presentan



Acueducto de Segovia.

de la caballería y de las conquistas en el afligranado templo de Burgos que hizo erigir el santo rey don Fernando. A la voz de los vencedores de Boabdil, se elevó San Juan de los Reyes de Toledo, así como luego despues, San Lorenzo del Escorial levantó su magestuosa cúpula para perpetuar la cele-

cortes caprichosos ó altas colinas cubiertas de nieve.

Pero si de esta ojeada general es preciso descender ya á los detalles, y hacer siquiera mención de esas venerables ruinas, de esos antiguos monumentos, ricos en recuerdos interesantes; aun prescindiendo de los monumentos árabes y de los góticos, todavía queda bastante que admirar en los restos que aun se conservan de las obras gigantescas de los primeros dominadores de la península.

En circo ó anfiteatro, el de Sagunto y el de Coruña del Conde con sus robustos muros que resisten á las inclemencias del tiempo.

En murallas las de Sevilla, y sobre todo las de Lugo con sus setenta y nueve torres cuadradas que rodean toda la ciudad.

En arcos, el de Trajano en Mérida, así como algunas puertas de ciudades que son evidentemente arcos del tiempo de los romanos.

La torre de Hércules en la Coruña, el sepulcro de los Escipiones en Tarragona y los mosaicos del Duraton.

En puentes, el de Orense sobre el Miño, el de Mérida, el soberbio de Alcántara con sus arcos de ciento diez pies de diámetro, y el de Salamanca, también obra de Trajano.

Los acueductos, esta obra favorita de los romanos, se halla admirablemente perpetuada en el acueducto de Tarragona con sus dos órdenes de arcos, y sobre todo, en el famoso de Segovia que todavía está surtiendo de aguas á la ciudad como en los remotísimos tiempos de su construcción. Consta esta obra admirable de ciento sesenta y un arcos, que en algunas partes forman tres órdenes, y en éstas, la altura total del acueducto, llega á ciento y dos pies. En esta parte mas alta de la obra, se halla colocada la cartela en que antiguamente habria alguna inscripción. Por encima de esta serie de arcos, y por una canal de mampostería, vienen las frescas y cristalinas aguas de la sierra de la Fuenfria, á tres leguas de Segovia, de modo que el acueducto surte abundantemente de aguas á la ciudad desde su fundación.

Si es grato contemplar los restos de monumentos venerables, que á pesar de su solidez y de lo gigantesco de sus formas, han sufrido tantos deterioros, no menos grato es citar uno, que al través de los siglos viene resistiendo las inclemencias del tiempo.

F. F. VILLABRILLE.

Roma.

Un viajero español que visitó el año pasado de 1848 la capital del orbe cristiano, tomó los siguientes curiosos apuntes.

Tuvo Roma en tiempo de Tiberio 4.800.000 almas.—Ocupa Roma 15 millas cuadradas.—Tiene hoy Roma 160.000 almas, ademas de 23 á 30.000 forasteros.—Tiene 19 puertas, 15 en uso, 6 tapiadas.—La catedral de San Pedro tiene de largo 575 pies; ancho de la nave principal 82. La cruz 426 alto, 136 de la nave principal; alto del edificio, 468.—La cúpula tiene de circunferencia por la parte de adentro 400, y del techo de la iglesia hasta la cruz de la cúpula 503 escalones. Las estatuas de los doce apóstoles y la del Salvador, que coronan el frente de la iglesia, tienen 15 pies de alto cada una.—La catedral de París es 163 pies mas chica que la de San Pedro en Roma. La catedral de Londres es 105 pies mas chica que la de San Pedro en Roma.—El altar mayor de la catedral de San Pedro es de bronce, y pesa 430.600 libras, con 122 pies de alto.—El palacio anejo del Vaticano contiene 4.422 piezas, en 22 patios.—Se emplearon en toda la obra 108 años y 9 meses, durante el reinado de 50 papas, y costó 260.000.000 de reales, sin contar los muchos efectos, materiales y riquezas que en todo aquel tiempo se dieron regalados á la catedral.—En las catacumbas de San Sebastian se hallan sepultados 14 papas, y mas de 170.000 mártires. Hay en Roma casi siempre 55 obispos, 56 cardenales, 2.000 canónigos y monseñores clérigos; 10.000 colegiales seminaristas, frailes y monjas; 5 basílicas patriarcales, 8 basílicas menores, 54 parroquias, 15 colegiatas, 155 iglesias del clero regular, 250 conventos de ambos sexos, y mas de 1.000 oratorios públicos y particulares; 9 hospitales, 2 hospicios, 2 universidades, 2 seminarios, 14 colegios, 70 escuelas de ambos sexos, un colegio de sordo-mudos, 48 escuelas para hombres y mugeres, 7 cuarteles, 6 cárceles, varios cementerios, 773 calles, 148 plazas, 553 palacios, 50 villas ó torres dentro de murallas, 5.500 tiendas, 11 bibliotecas, 8 academias literarias, 6 jardines públicos, 12 teatros, 5 mercados, varios acueductos, entre ellos 5 magníficos, por los que entran en la ciudad cada año 180.550 metros de agua, repartida en 50 grandes fuentes monumentales, 50 pequeñas y mas de 10.000 particulares; se cuentan 6.077 columnas, 8 monumentales, y 15 obeliscos.—Consume Roma al año, segun los registros públicos y sin contar lo que entra por alto, 650.000 barriles de vino, 6.600 de aguardiente, 5.000.000 de libras de aceite, 1.000.000 de libras de cera, 10.000 bueyes, 600 búfalos, 5.500 carneros, 60.000 cabritos, 151.240 terneros, 200.000 libras de tabaco torcido y 100.000 en polvo, 21.440 corderos, 46.490 cerdos, medio millon de libras de jamones, salchichon, morcillas y butifarras; 5.000.000 de libras de pescado de mar, rios y lagunas; 600.000 libras de bacalao, 144.000 libras de queso, 50.000 libras de queso curado, 5.000.000 de libras de sal, 217.550 grandes carros de carbon, tirados por bueyes; medio millon de carros de leña. Ruedan en Roma mas de 2.000 coches públicos y particulares, 40.000 caballos, 240.000 carros de verba seca, 720.000 fanegas de cebada, 55.000.000 de libras de trigo, 1.000.000 de libras de azúcar y dulces secos y en almibar, y 200.000 libras de arroz.—Alumbran la ciudad 4.500 faroles.

Variedades.

NUEVO CIMENTO DESCUBIERTO EN AMÉRICA.—Si no estamos mal informados, dice el redactor del *Gentlemen Magazine*, el arte de edificar acaba de hacer en América una nueva conquista, que podra cambiar enteramente la faz del pais. Después de una porcion de investigaciones, Mr. Abdias Parker, natural de New Hampshire y residente hace algunos años en

el distrito de Onondaja, ha llegado á descubrir un cemento, que en el espacio de ocho á diez dias pierde su liquidez primera para adquirir la consistencia del granito, y se hace susceptible de tan bello pulimento como el mismo mármol. El cemento puede colorarse de diversos matices: burla las intemperies de las estaciones, y gana tanto mas en fuerza y solidez, cuanto queda espuesto mas tiempo á la influencia de la atmósfera.

Los materiales que forman la base de esta mezcla son tan comunes y á un precio tan módico, que puede emplearse como principal elemento en la construcción de los mayores edificios. Sustituye al ladrillo y á la piedra con una inmensa ventaja, y bien pronto obrará sin duda una completa revolución en la arquitectura americana.

La Inglaterra no ha sido en este particular menos feliz que el estado de Nueva-York. Mr. Banger, de Lóndres, ha obtenido una patente de invención por el descubrimiento de un cemento muy semejante al de Parker. La nueva sustancia es tan económica como fácil de hallar, y las operaciones necesarias para confeccionarla solo exigen veinte minutos. Se consolida, se petrifica con el tiempo, y acaba por igualar en dureza las mejores piedras de nuestras canteras. Esta especie de piedra artificial se usa ya generalmente en Brighthelm.

ADMINISTRACION DE CORREOS EN LONDRES.—El trabajo ordinario de cada dia es, en cartas de solo el despacho interior, de 55.000 cartas recibidas y 40.000 despachadas (25.476.000 al año), sin incluir las cartas del ministerio de Negocios extranjeros y de la oficina de correspondencia por buques particulares, y también sin contar con el *Tuopenny cost* (comunicación interior). El número de periódicos que se espiden diariamente, varia desde 25.000 hasta 60.000. (Los domingos 40.000 y los lunes 50.000), de cuyo número unos 20.000 se entregan en el correo diez minutos antes de las seis; pasada esta hora cada periódico paga medio penique (dos cuartos).

ESCENTRICIDAD.—Leemos en un periódico inglés.

Anteayer por la mañana un menestral que vive en el barrio de San Martín habia abierto su tienda, y empezaba con afán sus trabajos diarios, cuando le llamó la atención un hombre como de cuarenta años, vestido muy bien, que pasaba y volvía á pasar por la puerta mirándole atentamente. Este individuo acabó por entrar, y aunque brillaba en su chaleco la elegante cadena de un reloj, preguntó al artesano qué hora era.

—Las ocho, respondió éste.

—Temprano empezais á trabajar, dijo el desconocido.

—La necesidad me obliga.

—¿Pues no ganais mucho?

—Gano lo necesario para mi familia, compuesta de mi mujer y tres hijos pequeños.

—¿Hace mucho que estais casado?

—Seis años.

—¿Y establecido?

—Cinco. Yo solo tenia para abrir mi tienda mis ahorros de oficial, y mi mujer no tenia dote.

—¿Sois feliz?

—Nos amamos mucho y trabajamos mucho. ¿No lo hemos de ser? Otros hay mas desgraciados.

—Pero ¿no podriais estender vuestra industria?

—Necesitaria dinero.

—¿Mucho?

—¿Cáspita!

—¿Como cuánto?

El artesano se puso á calcular.

—¿Tendriais bastante con 10.000 francos? le preguntó el desconocido.

—¡Oh! eso es mas de lo que necesito.

—Pues bien, dadme exactamente vuestras señas, los nombres vuestro y de vuestra mujer, que es posible que yo os busque alguna cosa buena.

Satisfizo el artesano la demanda, y volvió á su trabajo sin pensar mas en este suceso, y creyendo que aquel hombre habia dicho aquello por decir. Sin embargo, á las dos de la tarde volvió á presentarse el desconocido, y entregándole un paquete cerrado y sellado, le dijo:

—Os confío este depósito á condicion de que no le abrais hasta dentro de veinte y cuatro horas. Si mañana á las dos no me habeis vuelto a ver, abridlo.

Ayer, dice el periódico, á la hora indicada los ojos del artesano se fijaron en el paquete de que ya no se acordaba; y á impulsos de la curiosidad de su mujer lo abrió, encontrando la carta siguiente:

«Razones superiores me obligan á quitarme la vida. Me suicidare muy lejos de París; con que cuando leais estas líneas ya no habrá remedio. Antes he querido hacer feliz á una familia honrada, é informándome de la vuestra, he sabido que lo merece por muchos títulos. Adjunta encontrareis una suma de 10.000 francos.»

Con efecto, acompañaban á la carta los 10.000 francos en papel endosados á favor del menestral.

TRIBUNALES ESTRANEROS.—De la *Gaceta de los Tribunales* que se publica en Francia extraemos lo siguiente:

En la audiencia del 47 de febrero último compareció ante la policía correccional de Usse, Leonardo Daubech, jornalero del canton de Meymac, acusado de prestar cantidades bastante crecidas al interés de 10, 12 y 15 por 100. Este hombre habia comenzado á ejercer la usura hacia diez y ocho años, y el primer préstamo que hizo solo fué de 72 francos; pero esta suma le ha producido tan bien, que en el dia, segun declaraciones de testigos y del notario su confidente, puede ya disponer de 15.000 francos; pero aunque esta cantidad sea mas que suficiente para sostenerse con decencia, casi siempre va cubierto de andrajos, duerme sobre paja, y por lo comun vive á costa de sus acreedores. No habiéndosele probado la usura sino en un préstamo de 4.000 francos, el tribunal, con arreglo á lo que previene el artículo 4.º de la ley de 3 de setiembre de 1807, le ha condenado á 800 francos de multa y en las costas.

—En París últimamente han dado los ladrones en robar las tiendas de los joyistas y relojeros, haciendo con barrenas agujeros en la madera que cubre los escaparates, y apróximándolos unos á otros hasta tanto que entre todos juntos forman uno de suficiente anchura para introducir por él la mano: en la tienda del señor Rolland, quia Pelletier, núm. 50, estaba ya tan adelantada esta maniobra, que les faltaba solo atravesar el grueso de dos líneas para haber podido llevarse

en diamantes y joyas de otras especies valor de mas de 50.000 francos. En la misma noche se intentaron también robos de esta especie, y en el propio sitio en las casas de los señores Drouet y Cornu, relojeros y joyistas, números 56 y 48, siendo admirable que no se ha oído ruido ninguno, y que los malhechores han podido huir sin que se les viese. Se cree que estas tentativas ya estaban premeditadas con anticipación, porque las tiendas que se proponían robar, se han encontrado señaladas con un círculo hecho con yeso en la puerta exterior. También ha sido acometida con el mismo objeto y casi en el mismo momento la casa del relojero Poulin del quai de Greves, número 14, y dos dias antes lo fué la tienda del señor Bouvallet en la Megisserie.

¡PASMO! ¡ADMIRACION! ¡ESTUPEFACCION!—En un periódico inglés leemos lo siguiente.

William Johnson, ha inventado un sillón barbero, ó sea máquina de afeitar. Es de una hechura rarísima acomodada á su destino. Parece un sillón de brazos antiguo, y tiene fijadas longitudinalmente hojas de navajas de afeitar en cilindros de tres á seis pulgadas de largo. Cada cilindro tiene cuatro, entre ellas brochas de pelo de camello. El sillón enjabona y afeita puntualmente al hombre que tiene la buena fé de sentarse en él.

La jabonera se halla dentro de los cilindros, que son huecos, y el sillón obra por el peso de la persona que quiere afeitarse. Va bajando gradualmente con el que lo ocupa hasta llegar al suelo: entonces queda afeitado. El sillón se levanta por sí mismo despues que termina, dispuesto á emprender de nuevo su tarea. Mr. Johnson, ha tenido el buen gusto de añadirle una caja de música, que durante la operacion toca varios aires. Hace la barba como á cada uno le conviene. Ya se han hecho varias experiencias, saliendo todas muy bien.

ASILO DE NAUFRAGOS.—Se proyecta en Lóndres fundar por suscripción un asilo para los naufragos y los buques cerca de los temibles bancos de Goodwin, construyéndose una escollera de 2.000 pies de estension y 70 de elevación, con una torre de 100 pies para el faro y al lado el asilo de naufragos.

PELEA ENTRE UN HOMBRE Y UN LOBO.—Dos montañeses de los Pirineos, de siniestra figura, se aparecieron el 8 de setiembre corriendo por la aldea de Mazoux cerca de Miélan, llevando consigo atados tres enormes lobos de un aspecto feroz. Estos cinco viajeros, incluidos los animales, habian caminado en paz hasta las puertas de Mazoux, cuando uno de los lobos, acometido de un acceso de rabia, y desconociendo la voz de sus amos, rompió las cuerdas y se escapó por aquellos campos.

La primera criatura viva que el lobo encontró, fué un pobre perro á quien despedazó en un credo; pero viendo mas lejos á un hombre, soltó su presa sangrienta y se dirigió á él rápidamente. Este hombre era el valiente Canuse, conocido por su rara intrepidez.

Canuse es un soldado que ha servido en Argelia, donde dicen ha aprendido de los árabes el modo de domar los leones y tigres del desierto. Al ver que el lobo corria á él, se envolvió la mano en un pañuelo y fijó sus ojos en el animal, que se detuvo como quien se intimida; pero volviendo luego á sus instintos feroces, se lanzó sobre Canuse, que no retrocedió una línea, y que realizando un hecho considerado hasta el dia como fabuloso, metió su mano en la boca abierta del lobo, y la sacó con la lengua del monstruo, arrancándosela en un instante. Con esta enérgica operacion el lobo cayó en tierra, y no tardó en espirar en medio de las mas fuertes convulsiones.

Testigos de esta escena los dos montañeses, y al ver tendido en el suelo al fugitivo, se atrevieron á insultar á Canuse, y aun llegaron á las manos; pero el soldado pudo con los dos y salió tan victorioso con los hombres como con el lobo. Después de esta brillante accion, Canuse es el objeto de una admiración y de una gratitud general en la comarca. Los habitantes de Mazoux, en una fiesta improvisada en su honor, lo pasearon coronado de verdura y de flores.

Venecia y Amsterdam.

Dos ciudades igualmente célebres por su importancia, por sus riquezas, por sus recuerdos históricos, situadas ambas en el centro de un golfo, la una del Mediterráneo y la otra del mar del Norte, construidas las dos sobre un terreno movedizo, arrebatado á las aguas del mar; capitales por largo tiempo de dos repúblicas prósperas y temidas, famosas por sus expediciones guerreras, enriquecidas por el comercio é ilustradas por el gusto y el cultivo de las artes, son sin duda circunstancias suficientes para justificar la íntima relacion que se ofrece desde luego á la imaginación de los que han visitado á Venecia y Amsterdam. Pero si conformidades singulares reúnen á estas dos ciudades, se diferencian también por numerosas desemejanzas: el clima, el aspecto general de la region, las costumbres, lo pasado y el porvenir de los dos paises, establecen entre ellas oposiciones tan marcadas, que al regresar de un viaje reciente, y todavía asombrado de esas analogías y de esos contrastes, he procurado apoderarme de sus principales rasgos.

No dudó que á imitación mia, mas de un viajero, despues de haber visitado á Venecia, haya concebido la idea de trasladarse en seguida á Amsterdam para establecer esta comparación; pero un intervalo de 400 á 500 leguas, ha debido reprimir semejante deseo, cuando para atravesar esa distancia era necesario emplear veinte jornadas. En la actualidad bastan algunos dias para atravesar, casi sin fatiga, por entre los mas variados accidentes topográficos, desde las orillas del mar Adriático á las del Norte, y el observador no tiene, para renunciar á este curioso viaje, ni aun el pretexto de los gastos que ocasiona, porque ahora están reducidos á proporciones accesibles aun al viajero menos opulento.

Venecia no es ya, como en otro tiempo, difícil de comprender en un itinerario de Italia; su posición casi ha cesado de ser escéntrica: ya no es esa isla extraña sin verdor, sin paseos, esa ciudad silenciosa, ese fuerte, ese bastion formidable, que dominaba á lo lejos el mar y las playas circunvecinas. En el dia se entra y sale sin el auxilio del remo, en la rápida locomotora y el prosaico wagon; la campiña dista muy poco de sus riberas: Padua, Vicenza y Verona han llegado á

ser sus arrabales, y el viagero, en vez del triste adiós que profería al partir de las cúpulas de San Marcos, las deja ahora con esa sonrisa que anuncia el pensamiento y la esperanza de un próximo regreso.

El elegante viaducto que atraviesa la laguna, no es en efecto mas que la cabeza de un rail-way que no tardará en prolongarse hasta Milan. Un servicio de barcos de vapor por el lago Mayor ó por el de Como, enlaza la capital de la Lombardia con los Alpes Helvéticos, desde donde por el San Gotardo, se puede llegar en un día al lago de los Cuatro Cantones. En este punto, el steamer de Allorf ó Lucerna corresponde con un servicio por tierra desde Lucerna á Basilea, y este con el camino de hierro de Basilea á Estrasburgo. Desde Kehl, el rayl-way de la orilla derecha puede adelantar un día á los barcos de vapor del Rhin, que de Maguncia ó de Colonia llegan rápidamente á Arnheim, centinela avanzada de la Holanda, que solo separan de Amsterdam veinte leguas de camino de hierro.

No aprovechan únicamente á los estudios geográficos y ethnográficos estos prodigiosos adelantos en los medios de transporte. Observaciones científicas, imposibles de practicar no hace mucho tiempo, han llegado á ser en el día fáciles y casi vulgares. El cronómetro mas sencillo permite al viagero calcular por sí mismo con una exactitud matemática las distancias que recorre en camino de hierro. Al atravesar, hace algunos meses, en menos de doce horas los 360 kilómetros que separan á Colonia de Ostende, pude comprobar, por el retraso de un reloj de segundos, la velocidad de la rotación terrestre, que hubiera sido imposible confirmar por una experiencia directa hace algunos años. Supóngase esa velocidad multiplicada por el número 40, ó igualará á la marcha del sol relativamente al horizonte, ó mas bien, y en sentido inverso, á la rapidez del movimiento de la tierra, girando sobre sí misma. Pues bien, esta suposición nada tiene de extraño cuando se piensa que la marcha del fluido eléctrico en las líneas telegráficas dirigidas de Oriente á Occidente, escede con mucho á esa velocidad. Por manera (y valiéndonos de un ejemplo), que un despacho fechado en Viena al medio día, llegaría á París en once horas; y despachado al mismo tiempo desde Constantinopla, llegaría á las diez de la mañana del día siguiente, realizando de ese modo la chanza imaginada con motivo de los convoyes del camino de hierro, que saliendo en domingo, llegarían á su destino el sábado por la noche.

El origen de Amsterdam ha tenido necesariamente mas de una relación con el de Venecia. Unos pescadores fueron á establecerse en playas inhabitadas, separadas del Continente por lagunas y por islas formadas por las tierras de aluvion de un río cerca de su embocadura; mas tarde varias familias, huyendo de la guerra ó de la opresión, fueron á refugiarse allí, y colocaron ó abrieron los cimientos de una ciudad modesta. La actividad y el valor de los habitantes, y la seguridad que les daba la situación topográfica, la hicieron bien pronto una ciudad importante, que se enriqueció con la navegación y el comercio, se hizo respetar por sus armas, y que opulenta, fuerte y pacífica, se rodeó de los prestigios del lujo y de las artes. Todas estas fases son comunes á la historia de Amsterdam y de Venecia: en cuanto á esta, nació hacia el siglo V de la era cristiana, y atravesando toda la edad media, se detuvieron en los primeros fulgores del renacimiento: con respecto á la otra, comenzaron hacia el siglo XII y se desarrollaron y prolongaron hasta nuestros días. Amsterdam no era todavía mas que una aldea, cuando Venecia llegaba á la cúspide de su poderío y de su gloria; y la ciudad holandesa llegaba al apogeo de su riqueza y de su fuerza, en el momento mismo en que el astro de Venecia comenzaba á eclipsarse; por manera, que si se puede seguir en los fastos de esta la transición de los tiempos antiguos á las edades modernas, la historia de Amsterdam presenta la serie de las tradiciones de la edad media, que han llegado casi sin interrupción hasta los tiempos actuales.

Venecia, vista desde las orillas de Fusina ó de San Julian de las Lagunas, ofrece un aspecto que no puede compararse con ningún otro: Una masa de edificios y de monumentos se eleva aislada desde el seno del mar, á la distancia de tres ó cuatro kilómetros, y representa bastante bien una ciudad sumergida, de que solo los tejados han podido librarse de la inundación: no se ve el terreno sobre que se apoyan los edificios, y ningún verdor los acompaña ni abriga. Mástiles de buques se mezclan á lo lejos con las agujas de los campanarios, con las cúpulas y las columnas que se descubren por todas partes. A pesar de lo importuna que es para la vista la larga vía de hierro, sostenida por trescientos arcos, que la enlazan con el continente, es preciso detenerse algun tiempo en la orilla para contemplar aquel espectáculo singular; á medida que se va uno aproximando, se comienza á distinguir mejor los edificios, y los mástiles y campanarios parecen rebajarse. Por fin se penetra en la ciudad por la parte menos interesante, y por medio de los canales que se cruzan en todos sentidos: se concluye por tomar tierra, sin conocer bien la extraña playa á que se acaba de abordar.

Desde lo alto de la torre de San Marcos, el especto no es menos extraordinario. Al otro lado de la ciudad, desde donde se elevan cúpulas, agujas elegantes y palacios notables por el carácter singular de su arquitectura, la vista se extiende sobre las aguas que rodean la población por todas partes, menos como un mar imponente que como un vasto lago. Muchas isletas cercanas unas á otras, parecen servir de cortejo á la metrópoli; el Lido, que la separa de la rada por la parte del Norte, presenta á poca distancia su risueña línea de verdor. Mas lejos las costas orientales de la Italia, la curva prolongada del golfo Adriático que coronan los Alpes tirolianos, y una multitud de naves y de graciosas góndolas que surcan la superficie de las lagunas, forma un conjunto encantador, que animado por un sol radiante, ofrece uno de los espectáculos mas hermosos que es posible contemplar.

Cuando se llega cerca de Amsterdam desde las orillas meridionales del golfo, no presenta mas que el aspecto ordinario de un puerto marítimo muy vasto y de una ciudad imponente. El número de buques, el movimiento y actividad que reinan en aquella inmensa playa, dan idea de uno de las mayores centros del comercio europeo. Pero nada hay de extraño en esta vista, como no sea la extensión de las líneas y la uniformidad del horizonte; aquí, por lo menos, los edificios se hallan rodeados de verdor, y por los plantíos que los acompañan, se comprende cómo se enlazan todas esas islas entre sí y con la tierra firme; el puerto de Amsterdam es ac-

cesible á buques de gran porte. Los ríos que se dirigen al Zuyderzée y al mar del Norte, forman sin cesar hondonadas en aquel suelo movedizo, y el genio del hombre lucha constantemente con esa causa inminente de destrucción, mientras que en Venecia las tierras que arrastran al Adriático el Pó, el Brenta y el Adige, elevan el suelo de las lagunas, y el arte se aplica sin descanso á mantenerlas espeditas para la navegación.

Desde lo alto de la torre del palacio en Amsterdam, la vista goza el espectáculo de una ciudad inmensa, populosa y animada; los monumentos no son notables por su número y su magnificencia; pero los edificios particulares se distinguen generalmente por su elegante limpieza. El movimiento y la vida, esparcidos por todas partes, anuncian la riqueza y la seguridad de los habitantes; mas allá de la ciudad, la vista se extiende por una llanura interminable, formada en parte por las aguas del Zuyderzée, del golfo de Y, y del lago de Harlem, y luego por espaciosas praderas sembradas de un gran número de pueblecillos. Esta llanura, en donde se elevan una multitud de campanarios y de molinos de viento, está cortada por muchos canales rodeados de plantíos; pero en ninguna parte impiden la vista grandes accidentes naturales, bosques ni montañas, y nada interrumpe la fría monotonía del horizonte.

Sin embargo, otros puntos de semejanza entre estas dos grandes ciudades, hacen pensar en las analogías. Amsterdam y Venecia, construidas ambas sobre pies derechos, están formadas por un centenar de islotes, reunidos por una multitud de puentes. Aquí el Amstel, ancho y hermoso río, divide en dos partes casi iguales la ciudad holandesa, cuyo plano representa un semicírculo ó mas bien una media luna, sobre el cual se ven anchos canales dispuestos en zonas concéntricas. Estas zonas están cortadas por otros canales que, semejantes á rayos se dirigen hacia las orillas del golfo, es decir, hacia el puerto, como punto central. Todos estos canales están rodeados de malecones y adornados con edificios, cuya arquitectura, generalmente sencilla, no carece, sin embargo, de elegancia. Venecia está tambien dividida en dos partes por el Canal Grande, que semejante á un boa inmenso, serpentea por entre dos orillas llenas de palacios y de monumentos. Un número infinito de canales pequeños dividen tambien la ciudad, pero bañan el pie mismo de los edificios, cuyas graderías de mármol interrumpen a cada paso el curso de la estrecha playa que les sirve de límite, mientras que en Amsterdam los malecones espaciosos y plantados de árboles seculares, sirven para la circulación de los que van á pie y de los carruajes, y ofrecen al mismo tiempo paseos deliciosos.

Una diferencia muy marcada y que llama desde luego la atención existe en el estilo general de las construcciones. En Venecia se encuentra por todas partes el gusto morisco oriental: el aspecto exterior de los palacios anuncia por su grandiosidad, la suntuosidad de las decoraciones interiores: por todas partes se ven monumentos históricos, recuerdos de gloria y de poderío. En Holanda domina el gusto español: aquí hay muy pocos edificios públicos, ningún palacio regular, y ningún vestigio de antigüedades nacionales, porque Amsterdam es una de las ciudades mas modernas de Holanda, pero las habitaciones son de una limpieza estremada, modestas en lo exterior, mas en lo interior cómodas y elegantes; no se ve en ellas mucho lujo, pero reina por todas partes un gusto bien entendido en los muebles y en el adorno.

Los únicos monumentos que entre las dos ciudades podrían prestarse á alguna comparación, son el palacio del rey, la antigua casa de ayuntamiento de Amsterdam, y el palacio de los duxes en Venecia. Ambos son los edificios mas notables de esas ciudades, y los dos, en épocas diversas, la residencia de un gobierno temible, de donde salieron revoluciones que hicieron temblar á las potencias mas formidables del mundo. La construcción del palacio ducal se remonta al siglo XIV, y al infortunado Marino Faliero, que perdió la vida en el monumento que habia fundado: su forma un poco pesada, pero magistral, recuerda á su simple aspecto las terribles escenas de que fué teatro, y el poder absoluto y suspiroz que le ocupó por largo tiempo. El palacio de Amsterdam, construido en el siglo XVII por el estilo griego mas puro, y de una arquitectura tan noble como elegante, no manifiesta mas que la opulencia de la ciudad, y el buen gusto de los magistrados populares. Ambos encierran en su recinto los tesoros de la ciudad, las obras maestras de sus artistas, las prisiones, y á los pocos pasos se encuentra el mas espléndido de los monumentos religiosos.

Pero ¿cuántas desemejanzas se advierten en la oposición de los dos cielos y de los dos climas! En Holanda no se cuentan mas de cuarenta días serenos en todo el año: en Venecia los días malos no son mucho mas numerosos, y por lo comun son debidos á tempestades que se aplacan muy pronto: nada hace concebir mejor la idea de ese contraste, que el ver ponerse el sol desde lo alto de las torres de Amsterdam, ó desde uno de los campanarios de Venecia. Aquí, á medida que el sol va desapareciendo del horizonte inflamado, los cálidos vapores que se elevan de las costas de Italia, van á perderse en una atmósfera pura y limpia: los últimos segmentos del astro claramente dibujados, trazan las hebras de oro sobre la superficie ondulante de las lagunas: todo se colorea y resplandece con sus magníficos destellos, y al disiparse tan mágico espectáculo, deja en el alma una emoción y una embriaguez, que se prolongan á favor de esas deliciosas noches especiales del clima veneciano. En Holanda, por el contrario, la atmósfera casi siempre cubierta, se tiñe de color de púrpura, al declinar el día, en toda su extensión, y el astro, cuyos perfiles están suavemente bosquejados, desaparece entre una nube de oro y de púrpura: los resplandores que proyecta tienen menos magnificencia, pero mas armonía: poco á poco se desvanecen los tonos cálidos, el cielo pierde el color, y volviendo á tomar su tinta fría y monótona, esparce sobre todos los objetos, como sobre el alma del observador, su bruma vaporosa, y sus melancólicos reflejos.

Se comprende muy bien, que semejantes contrastes deben producir una grande oposición en el carácter, los hábitos y costumbres; y así es, que jamás se ha pensado en amalgamar el carácter del holandés con el del veneciano. El primero es calmado, sufrido, flemático, dotado de una actividad perseverante y silenciosa, frío, pero misero; reservado, pero íntegro y fiel á su juramento: el segundo, inquieto, indolente, ó por mejor decir, descuidado, atrevido y perezoso. En Amsterdam los placeres dominantes son la familia y la casa, aunque es muy

general la afición al teatro y á la música: los días de fiesta, el pueblo se inclina mas bien á las diversiones campestres que á la taberna, y por lo comun comete pocos excesos: en Venecia se buscan los goces exteriores, y los placeres estrépitosos y animados: siete teatros apenas son suficientes para una población de cien mil almas, cuando Amsterdam solo tiene dos para un vecindario dos veces mayor. Al holandés le gustan las flores, los jardines y el verdor: en Venecia ni pueden sentirse ni satisfacerse semejantes gustos: un solo paseo público, en que evidentemente el arte ha violentado á la naturaleza se halla casi siempre desierto, y las personas aficionadas á andar se limitan á recorrer la ribera de los Esclavones, ó las galerías de la plaza de San Marcos. Así es, que á los extranjeros les cuesta mucho el acostumbrarse á esa vida indolente, porque el paseo en góndola, sobre todo con respecto á la higiene, no puede reemplazar al ejercicio que se hace cuando se anda: he visto venecianos que después de haber viajado, no han podido recobrar los hábitos de su ciudad natal, ni resignarse á la privación de una cosa tan saludable como el paseo.

En Amsterdam, la circulación es por todas partes muy animada; nadie piensa en circular por los canales, pero las calles, el puerto, los jardines públicos, y los malecones que tienen una doble fila de hermosos árboles, se hallan muy concurridos: y así como en Venecia no se encuentra un carruaje, en Amsterdam no se encuentra una góndola. No obstante, en Holanda, á pesar de que los caminos son buenos y están perfectamente conservados, y de las líneas de hierro, que son muy numerosas, se viaja mucho por agua; pero hay una gran diferencia entre los hermosos buques venecianos, entre las hermosas y elegantes góndolas que surcan rápidamente el Adriático, y esos inspidos *trecksuyten*, barcos chatos tirados por caballos ó por hombres, ó esos barcos de vela que navegan en Holanda desde un puerto á otro. Así, pues, se concibe fácilmente que no se sirven de esos tristes vehiculos para viajes de recreo.

Es bien sabido que la Holanda, desde hace largo tiempo, y hasta cierto punto, ha compartido con la Italia el cetro de la pintura; pero cómo se ha de manifestar bajo formas semejantes, el genio de la pintura, en países tan opuestos por sus condiciones generales? Lo extraño es, que bajo el brumoso cielo de la Holanda, los pintores se han distinguido especialmente por un vivo sentimiento en el colorido, como si hubiesen querido dar á sus cuadros, lo que falta al aspecto de su país; mientras que en Italia, excepto la escuela veneciana, los pintores, han dado, al parecer, mas importancia á la forma que al color. El arte, en Holanda, se distingue por la verdad, por lo acabado del trabajo, y por la reproducción fiel y minuciosa de la naturaleza: los asuntos religiosos, las escenas de lo interior de una casa, el paisaje, las flores, los animales, y sobre todo el retrato, tiene allí su trono; y pueden rivalizar con las mejores escuelas: pero estas disposiciones naturales de que los pintores holandeses se apartan rara vez, les incapacitan por eso mismo, para las vastas concepciones de la pintura histórica. Sus cuadros de iglesia, y hasta sus paisajes, son tambien retratos: para elevarse mas, les hubiera sido preciso sacrificar á la grandiosidad del arte, algunas de las felices cualidades que constituyen su principal merito. Rubens, es cierto, que se aproxima á esa escuela, supo unir al prestigio del colorido, la variedad y magnificencia de la idea poética, pero no la pureza de las formas: algunos de sus cuadros que datan de la fecha en que volvió de Italia, manifiestan los infructuosos esfuerzos que hizo para sujetarse á la verdad de las líneas, pero sus instintos no tardaron en sobreponerse, y subordinó de nuevo la corrección del dibujo á su entusiasmo creador, y á la magia incomparable de su colorido.

Si la pintura brilla con un vivo resplandor entre los holandeses, no sucede lo mismo con la escultura: los monumentos y las plazas públicas no presentan mas que en muy corto número, esas estatuas, esos grupos, esos bajos relieves, que adornan la mayor parte de las grandes ciudades de Italia. Las estatuas de Erasmo, en Rotterdam, de Lorenzo Coster, en Harlem, de Guillermo I, en la Haya, los bustos, y los mausoleos de algunos filósofos y de algunos almirantes, diseminados en las iglesias, he ahí todas las obras de este género que presenta la Holanda. ¿No se podría concluir de ahí, que el arte es en ella menos popular que en Italia? La pintura, en efecto, destinada particularmente para adorno de lo interior, es menos accesible á las miradas del pueblo, mientras que la escultura, dedicada mas generalmente á la decoración exterior de los monumentos, con su carácter y sus efectos grandiosos, parece mas especialmente llamada á otras sobre la imaginación de la multitud.

Si se quisiese hacer estensivo este paralelo á consideraciones de otro orden, se observaría que Venecia fué, la que en los tiempos modernos, dió el primer impulso al comercio, y el primer ejemplo del genio industrial; mas por vastas que fuesen las proporciones de sus empresas, mezcló siempre en ellas ideas de gloria y de supremacía nacional. En ella, el espíritu guerrero se desarrolló paralelamente á la alta inteligencia de los negocios: sus conquistas, al mismo tiempo que abrían nuevas puertas á su industria, tuvieron sobre todo por objeto extender su dominación, su influencia, y tal vez estuvo siempre mas activa con los trofeos belicosos, que con las riquezas que acumuló de los países en donde habia plantado su estandarte. La Holanda, menos preocupada con esas miras ambiciosas, no combatió la mayor parte de las veces mas que por su libertad, y por la independencia de su suelo, conquistado con tantos afanes al elemento que la rodea y amenaza: al llevar sus armas á regiones lejanas, menos buscó en ellas conquistas gloriosas, que nuevos campos para su actividad comercial; y satisfecha con respecto á esto, no aplicó ya su ardor guerrero, sino á la defensa de su territorio y de sus bienes á tanta costa adquiridos.

Detengámonos en esas semejanzas y en estos contrastes seria poco generoso oponer hoy día á la ciudad holandesa, en donde reina por todas partes la actividad, el bienestar y una digna opulencia, ciudad de frente de plata, como ha dicho un poeta, población tranquila y candorosa, orgullosa con su pasado y confiada en su porvenir, á la reina destronada del Adriático, amenazada de ser bien pronto el Herculánium, la Palmira de los tiempos modernos, que no vislumbra en derredor suyo ningún elemento de próxima prosperidad y de gloria, ciudad de grandes recuerdos, hermosura ajada por la edad y por la desgracia, y que en su profundo infortunio, no tiene ni aun el consuelo de no haber merecido su funesto destino.



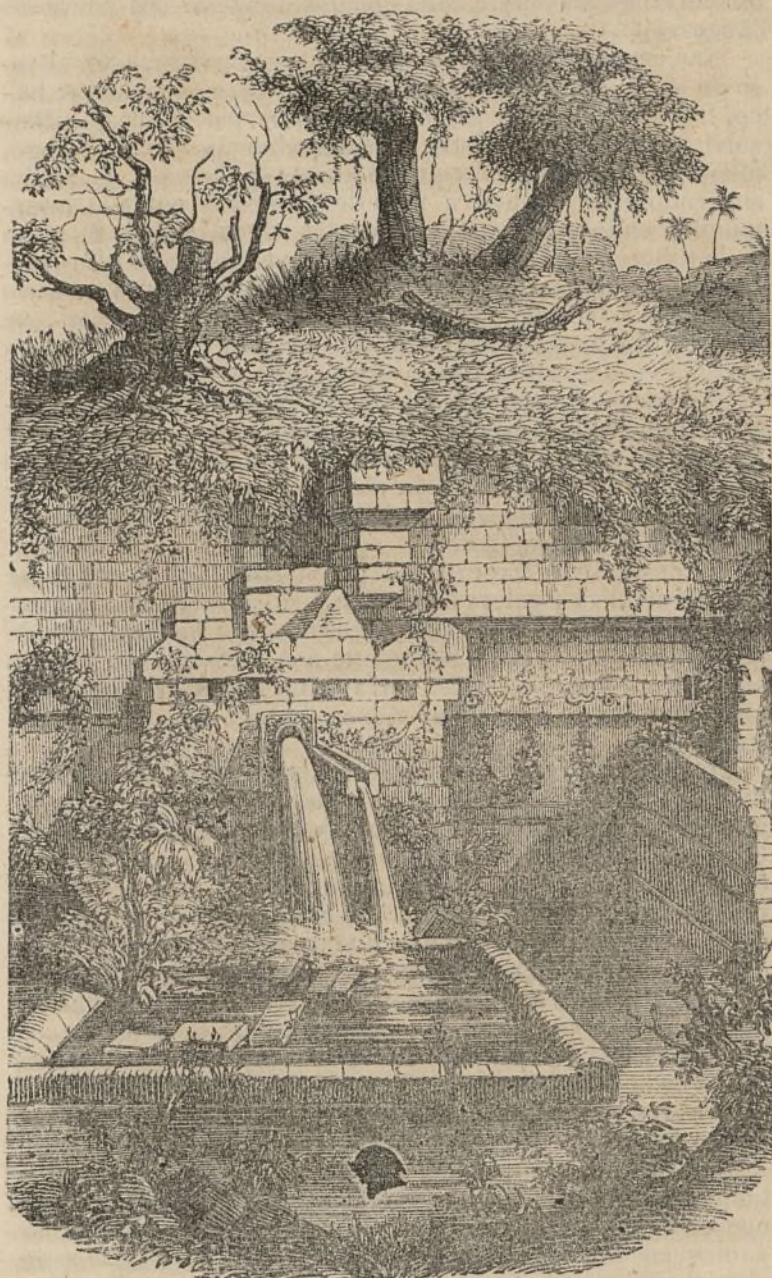
Puente de Amsterdam.



Puente de Rialto en Venecia.

Una escursión arqueológica á Java.

La grande y hermosa isla de Java, antes de caer bajo la dominación europea, ha tenido también sus revoluciones, un pasado tumultuoso y algunas veces brillante. La India en una época remota y vaga, la Arabia en tiempos mas cercanos á



Fuente de Djelot Toundo.

los nuestros, llevaron á ella sus instituciones civiles y religiosas y su semi-civilización. Hoy el islamismo reina allí como señor, bajo la protección holandesa, sobre una población de mas de 5.000.000 de almas; pero los espíritus han conservado un carácter indio, y el suelo está cubierto de los despojos del arte procedentes de las orillas del Ganges ó de la costa del Coromandel. Cuando esta civilización fue espulsada por la impetuosidad del fanatismo musulmán, se refugió á fines del siglo XV en la isla de Bali, situada en la estremidad Este de Java, donde permanece todavía en todo su vigor.

El presidente de la sociedad de las ciencias y de las artes de Batavia, y al mismo tiempo misionero luterano, partió de esta ciudad el 6 de mayo de 1847, para dar una vuelta á un tiempo pastoral y científica, y despues de haberse despedido de su muger y de sus hijos, subió en un carruaje inglés «vasto y cómodo, sólido y ligero», seguido de un secretario javanés y de un criado malayo.

No bien se ha dejado la ciudad, se ve surgir hacia la derecha dos gigantes montañosos, el *Salak*, que es de una altura modesta (6.760 pies), y el *Gedé*, cuyo cráter siempre humeante, tiene una elevación de 9.526 pies. Pero antes de llegar á este sitio se atraviesa por Buitenzorg, pequeña ciudad que encierra el suntuoso palacio del *Touan-Besar* (en malayo gran señor), del gobernador general de las Indias neerlandesas. Una invitación de tuvo allí á Mr. Van Hoewell, que comenzó á ejercer sus funciones clericales celebrando un servicio en un cuarto del palacio, en presencia de algunos *civilians* y de la guarnición, compuesta de una media compañía de soldados europeos.

En seguida hizo una visita al *Kampong* ó barrio chino, donde se le muestra en una cabaña de madera una *batoutoulis*, una piedra con una inscripción y dos estatuas, único resto del imperio de *Padzadzaran*, derribada también por los musulmanes invasores. Estos restos y los que han sido descubiertos mas lejos en la llanura de Baudong, consisten en un *nandi* y dos estatuas sentadas; tienen de notable que son los únicos restos de arte existente en la parte occidental de Java, nombrada los países *Souda*, que habitada por una raza

particular, no ha sentido mas que imperfectamente la influencia de la civilización indiana.

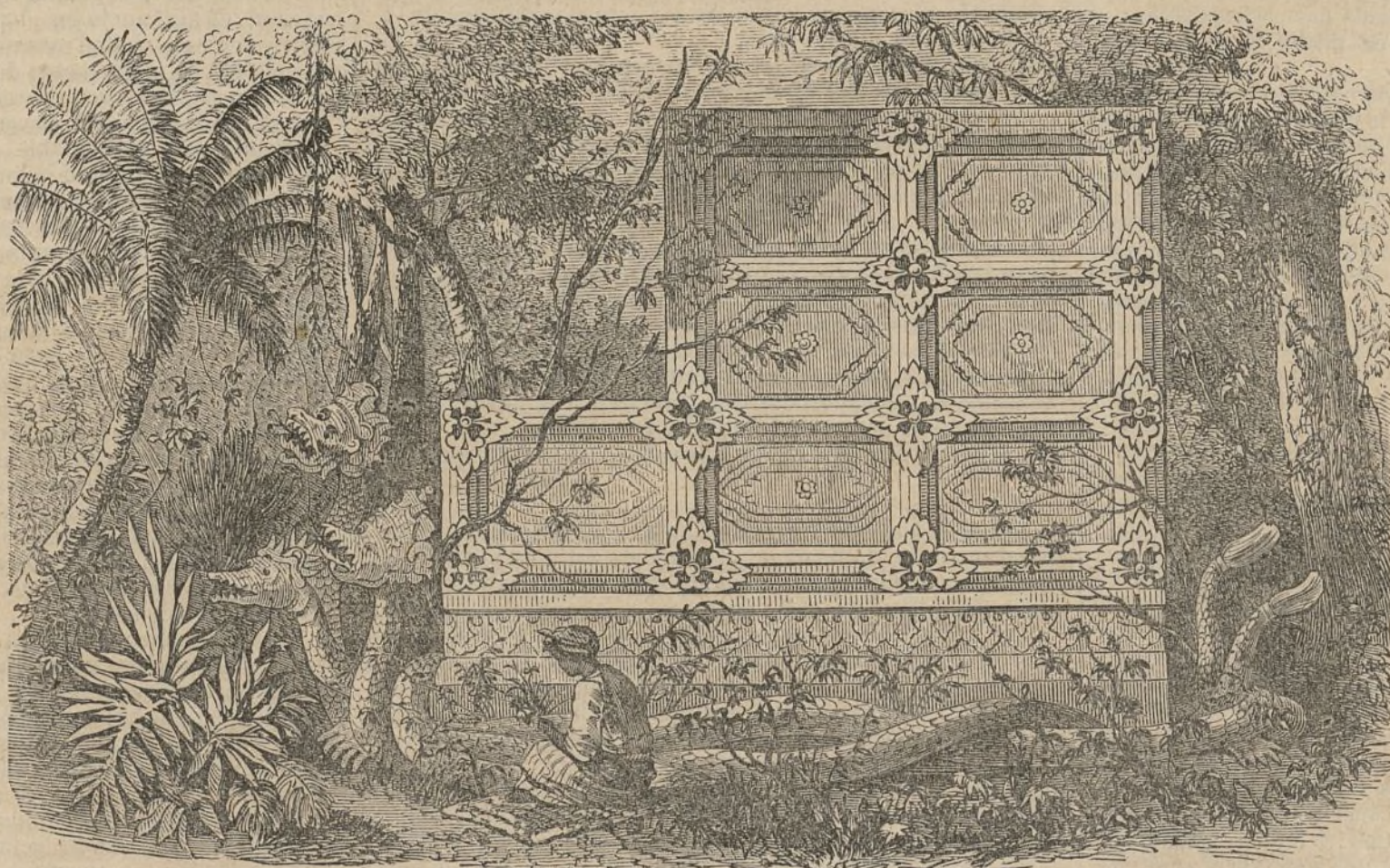
Al salir de Buitenzorg el camino continúa elevándose, y es necesario reemplazar los caballos del carruaje con seis búfalos vigorosos, y subir á pie una parte de la pendiente del *Megamendong*, que no tiene menos de 4.620 pies de altura. Es el punto culminante del camino en toda la extensión de la isla, y lleva naturalmente el pensamiento hacia la Europa y el Simplon, aunque la semejanza es imperfecta:

Tjandjor, donde se llega en seguida, es la capital de una de las mas vastas provincias ó residencias de Java, la de los *Preanger*, regentes *chapper*, poblada de 800.000 habitantes de raza *Souda*, con una respetable guarnición de... veinte hombres. La descripción de este *negri* dará una idea de todas las ciudades javanesas. «Penetramos en la ciudad por una especie de puerta de piedra, y vimos anchas calles tiradas á cordel, sin empedrado ni baldosas, y á un lado y á otro empalizadas de bambúes de siete á ocho pies de elevación. Mas allá de esta especie de fortificación, la vista descansa agradablemente sobre la verdura siempre nueva de los árboles cargados de flores ó de frutos; pero en ninguna parte se notarán casas ó nada que se asemeje á ellas, pues las habitaciones de los indigenas están ocultas detrás de esta vegetación.» A esto es necesario añadir una plaza á la europea, donde se encuentran el hotel del residente ó jefe holandés de la provincia, el alojamiento destinado á los viajeros y las moradas de algunos cristianos.

Despues de haber visitado al residente, Mr. Van Hoewell prosiguió su camino, siempre preocupado del bien físico y moral de los indigenas, y de los medios de hacer avanzar en la via de la civilización á esta numerosa población, cuyos destinos están confiados á la Holanda. Nosotros debemos desquidar la espresion de estas preocupaciones morales y económicas; nuestro cuadro no nos permite mas que echar una rápida ojeada sobre los objetos tan variados y tan llenos de interés que se suceden á nuestra vista: vastos arrozales *flavescentes* ó cráteres humeantes, revestidos de bosques impenetrables, abrigo del rinoceronte; ricas plantaciones de té ó de indigo, y campos de cañas de azúcar ó junglis espesos, donde el tigre, el verdadero tigre espía su presa; frescos arroyos lanzándose de cascada en cascada; en una palabra, aspecto grandioso y pintoresco de la naturaleza, fertilidad enojosa del suelo y fisonomía casi feliz de la población; he aquí lo que desde una á la otra punta de la isla entretiene al viajero en un éxtasis perpétuo.

Cerca de Tjebibon, una de las mas antiguas residencias del poder holandés en Java, se ve un jardín de placer que pertenece á uno de los sultanes del país, pensionario de los conquistadores desde 1819, y muerto recientemente. También se encuentran en las cercanías los sepulcros del cheik Ibn Moulana, el primer predicador del islamismo en el Oeste de Java, y del sultan Togal Aroum, un pequeño *Neron javanés*. Estos son lugares de peregrinación, pero de un interés muy mediano para el arte. A algunas millas mas allá de Tjebibon se atraviesa por un puente el río Pamali, que separa las dos razas henda y javanesa propiamente dicha, y la vista abraza una vasta llanura terminada por la cadena del Hamat, cuyo pico principal se eleva á 11.000 pies. Las pendientes de las montañas están cubiertas de plantaciones de té y de café, y asegura nuestro viajero que es una de las vistas mas bellas que ha contemplado.

No podemos detenernos en Samarang y en Surabaya, puestos considerables, de fisonomía europea, ni en Batavia, capital de la isla. Diremos solamente que entre estos dos puntos, Mr. Van Hoewell habia determinado por la tradición popular la residencia del antiguo reino de Menlang Kamoulan, de lo cual hacen mención los anales y poemas javaneses; pero de lo que ya no queda ni un vestigio. Los habitantes muestran un testimonio de la veneración mas profunda: un bosque se eleva, segun ellos, en el recinto de la antigua *Kraton* (palacio del soberano, *el Serai*). El lugar, dicen, está guardado



Ruinas de Pampang.

por un tigre contemporáneo, tan viejo, que ya no puede hacer uso de sus piernas y camina arrastrándose sobre las rodillas.

En Simpang, á dos millas de Surabaya, está situado el hotel, que se pudiera llamar palacio. La población, comprendiendo en ella la de la isla vecina de Madura, asciende á 4.250.000 almas. El residente, jefe político en la dependencia del gobernador general, está asistido ordinariamente en

cada provincia de un secretario y de algunos subresidentes europeos.

Los restos de las esculturas indias llevadas hasta allí para el adorno del parque, nos recuerdan que estamos en la parte mas histórica de Java. Estas ruinas han tenido la suerte de otras muchas ruinas; el primer monumento que se encuentra es una masa casi informe donde la vista distingue, en fin, los restos de una puerta, sin duda la de un palacio, como pare-



Ruinas de Modjopahit.—Templo de Mocteran.

cen indicarlo sus porciones, y su antiguo nombre de *Gapico Gapi* (puerta real); uno de los pilares tiene 48 pies de altura y el otro 28; su abertura es de 12 pies. Despues del *Tjandi Pasar*, viene sucesivamente y á alguna distancia, el *Tjandi Brawon* (templo de la ceniza y del polvo), masa piramidal de 70 pies de altura, que presenta en el interior una sola cuadrada de 18 pies de diámetro; el *Saangan Pamalangan*, masa confusa de piedras donde se distinguen algunas esculturas; el *Badjam Raton*, edificio cuadrado de cerca de 50 pies de altura, con una pirámide de igual dimension, y sobre la cual se observan numerosas cabezas de Siva ó *Kola-horjden*, así como un bajo relieve; este edificio parece también haber servido de entrada á un *kraton*; muchas tumbas llamadas *Trang Wolan* (luz de la luna); y en fin, un recuerdo, el pequeño *Tjandi* (templo) *Mocteran*, del cual presentamos un grabado.

Así que se ha llegado á las inmensas ciudades del *Yucatan*, un espeso bosque cubre el recinto de la antigua ciudad indo-javanesa, que impide reconocer la situación de las diversas partes que la componían. Antes de dejar este parage melancólico, es preciso hacer todavía una estación á orillas del inmenso estanque, ó pieza de agua, sin duda comprendida en otro tiempo en el recinto de un *kraton*; largo de 1.000 pies, ancho de 600, con 18 de profundidad.

Mr. Van Hoewell tenia por guía en esta escursión, al regente javanés *Modjokerto*, y en tanto que caminaban á la incierta luz del crepúsculo hablaban del siguiente modo:

—¿Qué desgracia, dije á mi compañero de viaje, que todo lo que recuerda la gloria de nuestros antepasados y los últimos restos de su esplendor deba desaparecer bien pronto!

—Teneis razon, respondió;

y al punto comenzó á trazar un largo cuadro de la grandeza, de las riquezas y de las magnificencias del imperio desvanecido. Habia tocado en él una cuerda sensible. Mientras mas paciencia demostraba yo en escucharle mas maravillosas eran sus relaciones.

—¿Creeis, caballero, exclamó de repente, que todo el palacio que acabamos de visitar con sus piezas de agua, sus puertas y sus murallas, haya sido construido en una sola noche por *Aria Domar*, el hijo del emperador (el *kousouhonnán*)?

No parece que la isla de Madura, situada cerca de la costa N. E. de Java, y cuya población tiene el mismo origen que la de la gran tierra, encierre algún monumento de arte. Hacia el S. en Travas, ciudad del residente, situada a una altura de 2,500 pies, sobre la pendiente del Penanggongang, en medio de sembrados de la Persia y de la Holanda, se ven diversos restos de esculturas indias, que se han trasladado allí de las cercanías, y que pertenecen a los cultos de Vichnou y de Boudha. Mas lejos se visita el monumento de Djelok Tundo.

Aquí nos encontramos también sobre un suelo clásico. El Batlak, al pie del cual está situada la *paranggranh* (la ciudad), y sobre todo el *Penanggongang*, cuyo cráter se levanta delante de nosotros, llevan todavía innumerables vestigios del culto que era practicado durante el período indio. Las pendientes de esta última montaña están llenas de restos de antigüedades, y sobre la misma cima se ve una especie de altar de piedra, alrededor del cual se ven trozos de escultura.

En Bozonki, capital de la residencia de este nombre, monsieur Man-Hoëwell, impaciente por llegar a Bali, abandona su cómodo carruaje para una instalación infinitamente confortable en Bali y en Lombok, isla todavía independiente, situada mas al E. desde donde el mismo hacia con su goleta frecuentes viajes de comercio. Desgraciadamente la *Venus* no tardó en verse asaltada por un fuerte temporal, y a costa de singulares esfuerzos, pudo tocar al S., en el estrecho de Bali y llegar a Bangonwangui, capital de una subresidencia, situada sobre la costa, frente de la isla última, objeto de este viaje. Bayouwangui es el punto de Java mas lejano de Batavia, del cual le separan lo menos doscientas leguas. Desde aquí, la última escursión condujo a Mr. Van-Hoëwell a ruinas conocidas de los indigenas bajo el nombre de Matzan Pontih (tigre blanco), que parecían haber formado parte de la ciudad de Blambangar, en otro tiempo situada mas al SO. sobre la costa; restos de murallas que se ven en Matzan Ponetih pertenecían sin duda al recinto general.

Estas ruinas están en un completo desorden, de estas ruinas presentamos también un grabado, que representa un templo, cuyo techo ha desaparecido, y cuyas paredes no subsisten mas que en parte; ofrece cuatro facies que el cincel del escultor ha sembrado profusamente de flores, de *arabescos* y otros adornos. El exterior es de piedra tallada. La parte mas notable de este monumento es la base sobre la cual descansa, y que se compone de una tortuga rodeada de dos serpientes; las cabezas de la tortuga y de las serpientes se unen sobre la fachada O. y forman la entrada del monumento. El suelo inmediato está lleno de estatuas mutiladas, y las ruinas ocupan un espacio considerable.

Es una historia bastante lamentable la de esta ciudad. Fundada hacia fines del siglo XV por habitantes fugitivos de Modzopahil, que acababa de caer bajo las armas de los musulmanes, Blambangar llegó a ser la sede de un pequeño estado, que aunque indio por el culto y la civilización, cayó bajo la soberanía nominal de los poderosos sultanes de Matarana, vasallos de la compañía holandesa de las Indias Orientales, y en una guerra contra la compañía, sucumbió hacia 1770, merced a un acto de atroz perfidia y de crueldad, que forma uno de los mas tristes episodios de la historia colonial. Referiremos con este motivo otra escena de barbarie que caracteriza el país, y que se reproduce con bastante frecuencia. El 17 de estiembre de 1691, según la relación del misionero holandés Valentijn, testigo ocular, el príncipe de Blambangar murió, y el 45 de octubre, fue quemado su cuerpo. De cuatrocientas mugeres que dejaba fueron inmoladas en esta ocasión doscientas setenta. En semejante circunstancia debían las mugeres ó precipitarse en las llamas ó dejarse matar voluntariamente: las mugeres caminando al lugar fatal llevaba cada una en la mano una paloma que dejaban escapar en el momento de recibir el golpe mortal, y que era un símbolo de próxima reunión con su esposo.

Sobre el puente de la *Venus*, lanzado por la tempestad a una bahía espléndida, nos refiere Mr. Van-Hoëwell los sangrientos anales de esta ciudad destruida hace ochenta años, y cuyos restos apenas se distinguen en medio de aquella vegetación tropical.

El viaje de Mr. Van-Hoëwell hace conocer la destrucción absoluta y próxima que amenaza a la mayor parte de los monumentos esparcidos sobre el suelo de Java, monumentos de los cuales, todos aquellos que conocen las obras de Ruffes y de Crawford, han podido apreciar el interés. Es de sentir que el gobierno holandés no haya hecho ejecutar una relación exacta que hubiera sido de una grande importancia para la historia del arte y de las religiones. Sin embargo, ha reunido ya materiales que podrán servir para este objeto, y nosotros hemos logrado ver en la Academia civil de Delft, una colección bastante considerable de fotografías, así como una serie de lienzos de una mediana ejecución, pero fiel, según aseguran todos.

Desgracias de un hombre feliz.

El viajero que venga de Bedford y haya atravesado el puente de Kihgate para tomar el camino real de Londres, habrá sin duda admirado una hermosa casa de recreo, posesión casi digna de príncipe y que pertenece a un rico fabricante de cuchillos de Birmingham, llamado Willam como todos los ingleses, y Scoper como algunos de ellos. La justa celebridad que se había conquistado por el fino temple de las hojas y graciosas formas que daba a sus cuchillos, le enriquecieron de tal modo, que al terminar los treinta años de un no interrumpido trabajo, su cajero después de liquidadas las cuentas con sus numerosos correos y realizados los fondos, le anunció que desde aquel día podía contar con una renta de diez mil libras esterlinas. «Ya es hora de disfrutar de reposo y tranquilidad; abandonemos para siempre la fragua y el martillo: Dios ha premiado mis tareas y aplicación, y justo es que el último tercio de mi vida lo dedique a gozar de mis riquezas.» Firmó en su determinación se suscribió al *Sund* únicamente para leer los anuncios de ventas como hacen la mayor parte de sus paisanos, y la lectura de la cuarta página de este apreciable periódico, le proporcionó muy en breve la adquisición de varias tierras, entre otras la casa de placer de que hemos hecho mención. Luego que se vió dueño de ella no omitió gasto al-

guno para hermosearla y amueblarla con toda magnificencia, pues su ánimo era instalarse en ella y estar mas próximo a la capital, para disfrutar de los placeres y diversiones de la gran ciudad. En la primavera de 1854, se posesionó nuestro cuchillero en su delicioso retiro: tomó dos lacayos con sendas libreas verdes con franja amarilla y guantes del mismo color: el célebre maestro de coches de Edgad-Bood, el renombrado Milnen le proporcionó una charolada berlina, tres caballos blancos y un cocher negro, pero libre ya desde que se sancionó el bill de la abolición de su comercio. La diligencia de Bethford dejaba diariamente en su puerta un fresco salmon y una suculenta langosta de mar. Los primeros quince días se consideraba Scoper el mortal mas feliz del universo; pero al principio la segunda quincena al tomar el cuchillo para hacer trozos el salmon, volvió melancólicamente la vista hacia el norte de Inglaterra, examinó la hoja y exhaló un profundo suspiro. Atribuye el criado esta demostración dolorosa a la santidad del cuchillo, y se apresura a presentarle una docena de ellos en una soberbia fuente del Japon. Maldito seas tú y los cuchillos, exclama su dueño enfurecido, y diciendo y haciendo, descarga un vigoroso puñetazo que hace volar la fuente hecha mil pedazos juntamente con los cuchillos; herido el amor propio del criado, se despidió en el acto, pues ya se sabe que el inglés ama su dignidad, porque ha nacido libre, y mas si por añadidura lleva guantes amarillos.

—¡Diablo! dijo Scoper, ¡si se me habrá apoderado el spleen! no creía fuese tan difícil pasar el tiempo estando ocioso! ¡era tan feliz y pasaban las horas con tal rapidez en mi establecimiento!... tal vez mi buen vecino, el sabio Mr. Kemble me aconseje el plan de vida que debo adoptar para desvanecer este fastidio que me mata!

Era este Mr. Kemble hijo del célebre actor de este nombre, y lo conocía nuestro ex-cuchillero por haber fabricado para su padre, una completa colección de puñales inofensivos para cuando se presentaba en la escena a desempeñar los papeles de Hamlet o Macbeth.

Kemble el hijo, era director de la *Revista Cuatrimal*, grave como su revista y de unos treinta y cuatro años de edad: estaba junto a la estufa meditando un artículo contra los birmanes, cuando un criado anunció a su vecino: entra este, saluda con una inclinación de cabeza al literato y toma asiento; éste le corresponde con otra igual: se miran mutuamente sin desplegar sus labios y este cambio de miradas hubiera durado hasta media noche por cierto movimiento que hizo el director para alargar unos papeles y corregir unas pruebas.

Entonces Scoper se levanta con el aire de hombre que teme haber incomodado, e iba a despedirse cuando Kemble le detiene y le dice:

—Vecino, sin duda te he dicho algo que decirme, hablad sin reparo.

—¡Ah, señor! en efecto... tenía que consultar... deseaba me dieseis un consejo... vos que sois tan sabio...

—¡He! veamos, ¿de qué se trata?

—Quiero discurrir un medio para matar el tiempo agradablemente; no podeis formar una idea de lo mortalmente que estoy aburrido desde que he abandonado mi fábrica de cuchillos.

—¡Bravo! el medio es muy sencillo, abonaos a mi revista.

—Corriente desde luego me suscribo; pero vamos a otra cosa: decidme si no os incomoda, que placeres podré proporcionarme en Londres gastando prodigamente mi dinero.

—Placeres honestos, ¿no es así?

—¡Oh! ¡por supuesto! yo no deseo sino los lícitos y cual conviene a mi edad.

—¡Pues bien! podeis ir todas las mañanas al gran Divan Eigar.

—¿Y qué diversiones hallaré en ese Divan?

—Las mas variadas: allí se leen varios periódicos, y en especial mi revista; un organillo berberisco halaga los oídos de los lectores con sus alegres sonatas; despues podreis dar un largo paseo por el Strand desde Temple-Bar hasta Humgherford Market: empleando así el tiempo, no lo dudeis vecino, las horas se deslizarán sin advertirlo y pasareis dulcemente los días que os restan de vida: ¿qué edad teneis?

—Cincuenta y ocho años.

—Todavía sois joven, pero apresuraos a disfrutar de vuestras riquezas del modo que os he dicho.

Desde la siguiente mañana puso en ejecución nuestro cuchillero el plan que le había prescrito su vecino: voy sin duda a ser dichoso, decía para sí, mas ¡oh fatalidad! un desconocido, pone en sus manos una epistola concebida en estos términos:

«Si fueseis un lord, ó al menos un baronet, tal vez hubiera podido aguantar vuestro inicio proceder aunque a mí despecho, pero no sois mas que un miserable cuchillero de la hez del pueblo y sois a lo mas mi igual: en este concepto os aguardo mañana, sin excusa alguna en el puente de Highgate con los puños bien cerrados: llevo un testigo y tres boxeadores de nombradía que apuestan a mi favor: llevad vos los que os plazca si es que los encontráis.

«Vuestro ofendido criado que siente haberos servido.

JUAN.»

Un rayo que hubiera caído a los pies de Scoper no lo hubiese aterrado tanto como la lectura del fatal cartel: se considera ya magullado, pulverizado por el férreo brazo del inexorable Jhon; tiembla como un azogado, no sabe que partido tomar, hasta que por último corre a su casa: el pánico pone alas en sus pies. Veinte pasos antes de llegar llama a voces a sus criados y manda que le pongan el coche porque quiere ir a Londres inmediatamente para reclamar las leyes y acogerse bajo su protección. ¡Nuevo conflicto! nadie le contesta, hasta que por último y a fuerza de desgañarse, se presenta el jardinero que con plañidero acento y desencajado semblante le anuncia que todos los criados se han reunido a Juan y fijado una proclama en las plazas de Highgate, Hamstead y Cricklewood amenazando en ellas a todo ciudadano de los condados de Kent y Middlesex que tenga la debilidad de entrar a servir en casa del cuchillero de Birmingham, incurriendo ademas en la cólera del terrible Juan.

Amenazado de muerte el trémulo millonario no vacila en el partido que ha de tomar: se disfrazó con el vestido del jardinero, abandona su casa, toma el camino de Londres, solo, a pie y sin mas armas que su cuchillo. Al atravesar el temible puente de Highgate un temblor universal se apoderó de todos sus miembros: a cien varas de distancia y en la hondonada de un seco torrente cubierto de cardos silvestres, descubren sus

espantados ojos a su terrible adversario que repetía a sus compañeros de pugilato el duelo aplazado: uno de ellos apostaba una corona a que no acudía Scoper a la cita. «Apuesta, apuesta aunque sean ciento, que yo haré que no pierdas, dijo para sí,» y echó a correr con todas sus fuerzas, sacudiendo lindamente el polvo de sus zapatos.

Jadeando, sin aliento, y sin detenerse ni aun para respirar llegó por fin a la taberna de Hamstead, pidió un vaso de cerveza mas no bien lo había llevado a los labios, cuando atisvó al tremebundo Juan a la cabeza de sus paniaguados que se abalanzaba a paso redoblado blandiendo al aire sus nerviosos brazos.

Tan espantosa aparición deja sin sentido al fugitivo, el vaso se le cae de la mano, y sin saber donde está ni lo que hace, buve a toda prisa gritando al pasar por la plaza. «Dios salve al rey!» Desatentado y maquinalmente sale al campo, monta en el primer asno que la suerte le depara, le aguja sirviéndose del cuchillo a falta de espuela, y enfila la interminable calle que conduce al centro de la capital. El mozo de la taberna corre tras él para cobrar el vaso roto y su contenido y a retaguardia Juan y sus camaradas. Un comisario de policía estacionado junto al seminario de Wellington, ve pasar a escape a un hombre pálido como la muerte y con un cuchillo ensangrentado en la mano: cree que es algún asesino y cruza su baston para detenerlo, pero el asno no respeta la autoridad, derriba por tierra al comisario y es pisoteado y magullado por los perseguidores del cuchillero. Entonces si que éste se da por perdido sin remedio, se considera el mayor criminal, hombre muerto: ya le parece que está haciendo cabriolas en el aire en Tiburn.

No obstante, a favor de tan precipitada fuga puede llegar a la escurridiza escalera de Humgherford-Market: salta por encima de las orejas de la cabalgadura, baja las escaleras de cuatro en cuatro y llega fácilmente a la orilla del Támesis sin ser visto de sus contrarios: entra en un paquebot y se oculta entre unas pipas, encomendándose de todo corazón a su patron Lutero.

Entretanto el buque descendió tranquilamente hasta London Bridge, y no bien hubollegado, cuando saltó a tierra y se dirigió a casa de un amigo suyo que tenía su taller de cuchillería en West de Hart-Street. Era tal su consternación, que cuando entró en la sala de recibo no tuvo valor para mirarse al espejo creyendo que iba a ver en él un asesino, un culpable de lesa magestad. Los dos días que disfrutó del benéfico asilo que le dispuso su hospitalario amigo, los empleó en hacer los preparativos para su emigración: un escribiente de Alien-Office le facilitó un pasaporte con nombre supuesto mediante cien libras esterlinas, y provisto con buenas letras de cambio, entró a bordo del navio *Bull*, que se hacia a la vela para Liorna.

Despues de tantos sobresaltos y fatigas, era natural que el pobre millonario necesitase algún descanso, así que desde luego se tendió a la larga en su camarote, a dormir todo el tiempo que durase el viaje, excepto cuando su estómago reclamase su justo tributo. Así dulcificaba el fastidio de tan larga navegación, cuando un día al subir sobre cubierta se le encara el capitán y con tono casi inquisitorial le dice:

—¿Qué diablos de negocios teneis y quien es ese Mr. Jhon que no cesais de nombrar cuando estais durmiendo?

A esta brusca interpelación el rostro de Scoper perdió el color, sus cabellos se erizaron, sus miembros experimentaron una contracción espantosa, y cayó desmayado, exclamando.

—¡Infeliz de mí! ¡yo mismo me he delatado!

—Este pasajero es sin duda un gran malvado, dijo el capitán a su teniente.

—Así me parece, y no fuera malo que lo colgásemos de una entena...

—No tanto, teniente, pero si observemos su conducta para que nos guie, y sepamos a lo que debemos atenernos.

Cuando el desmayado volvió en su acuerdo, notó que todas las miradas se fijaban en él, que era objeto de horror y que toda la tripulación huía de él como de un apestado.

Felizmente este estado de aislamiento no fué de larga duración; el *Bull* ancló en el puerto de Liorna: Scoper no se detuvo en esta ciudad mas que el tiempo necesario para ajustar el flete en el paquebot de Nápoles el *Faramundo*. Su reputación estaba virgen en este buque, comenzaba para él una nueva era de felicidad: su criado Juan el mozo de la taberna de Hamstead, el constable de Totennam-Rood vivían bajo otro planeta en distinto hemisferio; iba a entrar en un mundo desconocido y gozar de una existencia placentera; pero se propuso mientras estuviere a bordo ponerse en la boca, cuando quisiese dormir, una mordaza bien ajustada, para que no pronunciase durante el sueño alguna palabra indiscreta que lo comprometiese. Convengamos en que nuestro héroe tenia todo el candor de un cuchillero de Birmingham: estaba muy práctico en forjar y dar buen temple a sus cuchillos, pero en cuanto al conocimiento del mundo era un bolo.

Como el buque en que se había embarcado era napolitano, creyó de buena fe que toda la tripulación y pasajeros debían ser indispensables italianos: su único sentimiento era que no podría explicarse en su idioma, pero se consolaba diciendo:

—En resumidas cuentas esto no debe contristarme: soy poco hablador, aprendere el italiano lo meramente indispensable para hacerme entender, olvidaré mi idioma, porque es claro que como en Birmingham no hay italianos, tampoco deben hallarse ingleses en Italia.

Ciento cincuenta eran los que montaban el *Faramundo*, y casi todos eran hijos de Albion.

El desventurado Scoper estaba mas muerto que vivo, viéndose sitiado por todas partes de compatriotas, temiendo ser reconocido por alguno de ellos; para evitar en lo posible este peligro, se fué bajo cubierta, y sentado sobre un cable fingió que dormía.

Entretanto el velero *Faramundo* surcaba las azuladas olas dirigiendo su rumbo hacia las risueñas costas de la encantadora Italia, con su cargamento de elegas vivientes que iban de todos los condados de Inglaterra a comprar una chispa de alegría a costa de un millon.

Unas veces durmiendo, otras fingiéndolo, pasó muchas horas el ex-cuchillero, hasta que prestando oído una vez, oyó que un pasajero preguntó al contramaestre, ¿si llegarían pronto a Nápoles?

—Dentro de tres horas, contestó éste.

Entonces cobrando ánimo nuestro fugitivo, y sintiéndose mas animado, se atrevió a suplicar al interrogante si le podría proporcionar un vaso de vino.

—Y del legítimo Madera, contestó éste con la mayor afabilidad.

—¿Con que estamos ya próximos a Nápoles? ¡Ah! me han dicho que es una bella ciudad, todos me lo han asegurado: ¿esos señores son ingleses?

—Todos, desde el mas grande al mas chico.

—Viajarán por divertirse ¡ah! son bien bien felices ¿lo sois vos igualmente?

—Tal vez mas que ellos con sus millones: mi destino es buscar ocupacion y estar á las órdenes del que quiera ocuparme.

Muy listo y complaciente me parece este jóven, dijo para sí Scoper: desearia tomarlo á mi servicio, pensando así le pidió otro vaso de Madera.

—Parece que os ha gustado mi vino; si os place os serviré otro.

—Como quieras, ¡es excelente! ¿Cómo te llamas?

—Juan cuando estoy con franceses; los ingleses me apellidan Jhon.

Un frío glacial discurrió por todas las venas de Scoper: hubo un rato de tético silencio.

—Caballero, me parece que sufris mucho; sin embargo, el mar está tranquilo y terso como un espejo.

—No es nada... es... el resultado del mareo que he sufrido. ¿De qué país eres Jhon?

—De Nápoles.

—¡Ah! ¡con que eres napolitano! ¿y cómo te llaman en tu tierra?

—Micali.

—Pues así quiero llamarte yo, si quieres entrar á servirme, te daré sesenta libras de salario, y al cabo de diez años te aseguraré una pensión.

—¿Pues qué! ¿estais sin criado?

—¡Ya lo ves! estaba tan impaciente por ver la Italia, la bella Italia... todo lo he abandonado por pisar cuanto antes ese país, jardín de Europa.

—Me parece, señor, que sois muy estusiasta por mi país.

—¡Oh! sí, Micali, entusiasta, muy entusiasta.

—En ese caso acepto vuestra oferta: en desembarcando estaré á vuestras órdenes.

—Y entonces me enseñarás todas las bellezas que encierra en sí esa magnífica ciudad.

—Cuento sea digno de verse; ya desde luego podeis observar allá en lontananza aquel elevado monte: es el Vesubio.

—¿El renombrado Vesubio? a h, sí, lo reconozco, es él, lo mismo lo tengo yo pintado en un pañuelo de seda de Dublin.

—Creo, señor, que vais á ser dichoso como un rey.

—Así lo espero, mas dime donde te encontraré luego que llegue á Nápoles.

—En la fonda de la Vittoria en Chiaia: preguntad por el dueño que se llama Mr. Martin: en esta tarjeta teneis las señas, no podeis equivocaros.

El *Faramundo* entraba magestuosamente en el puerto: sonaban las ocho en las trescientas iglesias de la ciudad: el Vesubio entonces tranquilo, despedía un débil humo como ellazaroni que fuma su pipa tendido en la playa.

Todos los pasajeros estaban ya en tierra: únicamente Scoper permanecía á bordo rodeado por tres esbirros que le pedían el pasaporte; en vano registraba el infeliz todos sus papeles, y ademas habia olvidado el supuesto nombre con que viajaba, hasta que por último tuvo la felicidad de encontrarlo en la enorme cartera en que guardaba la correspondencia seguida con todos los cuchilleros del universo. Entonces se acordó que lo habian bautizado con el nombre de Morfield.

Pero entretanto los ingleses se habian apoderado de todos los cuartos de la fonda della Vittoria; solo, sin criados ni carruaje el nuevo Morfield, pide un cuarto, y le contestan que solo hay uno desalojado y sin cama.

—No importa, dice, dormiré sentado en una silla.

Se dirige en seguida al comedor: sobre la puerta se leia con gruesos y dorados caracteres: *Dining-room*.

En este momento entró su nuevo criado Micali: un rayo de alegría brilló en el semblante de aquel: le alargó y estrechó la mano amistosamente; le condujo á su cuarto é hizo se sentase á su lado sin cumplimiento ni ceremonia.

—Es el único cuarto que he hallado desocupado en esta fonda, y ya ves lo bueno que es.

—No os dé pena, almorzad ahora, que despues yo os acomodaré en otro mejor. ¿Pero me permitireis que os haga una pregunta?

—Sí, si, cuantas quieras, no tengas reparo.

—Corriente: sin duda habreis venido á esta ciudad por vuestro gusto, como un viaje de placer.

—Lo has acertado: soy rico, quiero ser feliz y gozar.

—No erais dichoso en Inglaterra?

—Lo mismo que todos mis paisanos: montaba á caballo, paseaba, comia y dormia.

—¿Y pensais permanecer mucho tiempo en Nápoles?

—Todavía no lo sé: ¿los ingleses cuánto están?

—Os diré: los miembros de las cámaras permanecen durante las vacaciones del parlamento: los ricos que no desempeñan cargos públicos pasan su vida recorriendo la Italia, y vienen á morir en Florencia; ¡oh! allí se muere agradablemente. Vos que sois inglés ¿no me explicareis en qué consiste esa manía de viajar por países extranjeros, cuando en el suyo pueden gozar de todas las comodidades que proporciona el oro?

—Imposible es que pueda satisfacer tu curiosidad; pero te diré francamente que yo no soy ni lord, ni noble, ni sabio; soy, Micali, un oscuro artesano que he trabajado por espacio de cuarenta años; que mi industria y aplicacion me han enriquecido, y que ahora deseo disfrutar de alguna felicidad á costa de mi dinero; tengo ahora cincuenta y ocho años; á la edad de quince ya estaba junto á la fragua forjando hojas de cuchillo desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche; mi alimento se reducía á patatas, y mi única bebida una botella de cerveza: los domingos los pasaba leyendo la Biblia: este último invierno todavía observaba el mismo método de vida; pero ahora te confieso que se ha apoderado de mí un fastidio insuperable: queria aprovechar los dias que me restan de vida para disfrutar un poco. ¿Quieres tú ayudarme á discurrir algun medio que me haga ver que todavía tengo vida y que poseo riquezas?

—Micali movió tristemente la cabeza.

—¡Pobre hombre! dijo suspirando, ha pasado las tres cuartas partes de su vida fabricando cuchillos. ¿Quisiera ahora saber si este miserable lazzaroni medio desnudo, que jamás se

ha afanado ni ocupado en nada, es mas desgraciado que él con todas sus riquezas! Yo opino que la felicidad se encuentra en el hombre robusto que nada codicia, y que tiene siempre á sus pies una legua de mar y un rayo de sol sobre su cabeza!

—¡Dios mio! Micali, exclamó Scoper maravillado, ¡hablas como un sabio!

—Estaba distraído, señor, hablaba conmigo mismo. En aquella lejana isleta cubierta de frondosidad, habitan unos pobres pescadores, cuya riqueza única consiste en una red y una cabaña: su piel está curtida por los aires del mar y los ardores del sol, que les inculca una robustez y salud á toda prueba: sus mugeres son cariñosas, bellas, y sus gratiosos justillos sujetan apenas sus colmados senos: tienen hijos igualmente tostados por la intemperie, que juegan sobre las algas y crecen entre el agua y los mariscos; los dias de estos felices mortales se deslizan agradablemente trabajando al compás de sus canciones favoritas; las tardes las pasan bailando alegremente bajo las frondosas vides, en medio de la mas pura alegría; y las noches... ¡ah! ¡las noches! Para ellos sale el sol, para ellos brillan las estrellas en el firmamento: la mar arrulla sus oídos con su suave murmullo: para ellos florece el naranjo, que regala despues su paladar con su dorado fruto.

Estos hombres, estos infelices pescadores, ni envidian ni son envidiados, viven dichosos con su suerte, y si se designa al acaso uno entre ciento, puede apostarse que han disfrutado y gozado mas de la vida en un dia, que todos los poderosos de la Gran Bretaña desde el rey Guillermo hasta el último lazzaroni.

Scoper escuchaba absorto y con la boca abierta á este criado filósofo, que se sonreía dirigiendo la vista hacia el golfo.

—¿Y tú, Micali, eres dichoso?

—¿Yo? He servido á cuatro amos, todos ingleses, únicamente para hacer que envidiasen mi felicidad.

—Veo que vas á conseguir con el quinto lo que has logrado con los cuatro anteriores; pero vamos, si te parece, para que me enseñes alguna de las maravillas que encierra esta ciudad y sus inmediaciones.

—Como querais, y si quereis iremos á visitar á Pompeya; ¿habéis oído alguna vez hablar de esta antigua ciudad?

—Nunca.

—Es la mayor curiosidad de toda Italia: cuando la hayais visto ya podeis volver á vuestra Birmingham.

—¿Es mas hermosa que Londres?

—Luego lo vereis.

A un cuarto de hora de la costa descubrieron la ciudad momia.

—Héla ahí, dijo Micali.

—¡Ah! ¿con que esa es Pompeya? exclamó Scoper estupefacto: ¿esa la maravilla tan ponderada? ¡Bah! ¡yo creia que era otra cosa!

—Pues ved allí á vuestros compañeros de viaje como la recorren y se dirigen á casa de Diomedes.

—¿Van á visitarlo?

—No: este Diomedes era un greco-apolitano que habitaba aquella casa hace mas de 1755 años.

—¿Y cómo sabes todo esto?

—No hay napolitano alguno que lo ignore.

Se incorporaron á la comitiva á tiempo que el cicerone que la dirigia decia: *Ecco la casa di Diomede, sepolto nella cinte del Vesuvio ottanta anni doppo Jesucristo. —Ecco un'osteria antica. —Ecco la porta d'Ercolano. —Ecco la botega di caffè dove gli Romani pigliavano sorbbeti doppo pranzo. —Ecco la casa di Caius Ceius. —Ecco la casa di Caius Sallustus. —Ecco il tempio d'Ercole. —Il Teatro Trágico. —Ecco, signori, l'Anfiteatro.*

Los ingleses pasaban procesionalmente por delante de estas ruinas venerandas, y escuchaban al cicerone como á un oráculo: las señoras recorrian con el lente el templo de Hércules, y decian:

—¡Verv-nice! ¡Verv-nice! (Muy hermoso! ¡Muy hermoso!)

Micali, que sin duda habria leído los versos que lord Byron ha consagrado á Italia, exclamó:

Reina de los sepulcros, señora del mundo ¿qué se ha hecho tu esplendor? Yaces sobre tu sudario: Roma es un esqueleto corroído. ¡Ah! ¡Ah!

Pero Scoper desgraciadamente nada entendia: el honrado ciudadano del gran pueblo de Birmingham habia caído en la mas estúpida meditacion: por todas partes veia ruinas repugnantes, arbustos agitados por los lagartos, sepulcros deteriorados, casucas desmanteladas, y no podia persuadirse que hombres sensatos se espusiesen á los ardores del sol y á las mordeduras de las serpientes, para ver unas ruinas que seguramente no valian tanto como el palacio de *Grammar-School* y *Town-Hall* de Birmingham.

Seguía, sin embargo, á sus compatriotas, guiados siempre por el cicerone, visitando en los dias sucesivos los templos de Pesto, Capo di Monte, Caserta, Sorrento, Cumas y Lago Lucrino, hasta que al fin el cuarto dia que estaba ya cansado de tantas correrías.

—Micali, te confieso que estoy fastidiado y que no hallo cosa que me divierta: algunas veces me parece me falta el aire, y que voy á morir por falta de respiracion: los dias son tan largos que me matan: no veo cosa que me cause la menor distraccion. Marchemos de aquí, abandonemos esta ciudad.

—¿Pero dónde quereis que vayamos?

—No sé.

—¿A Roma?

—No.

—¿A Florencia?

—Menos.

—Si pasásemos á Francia...

—Tampoco.

—Pues si nada de esto os acomoda volvámonos á Inglaterra.

—Ya te dije, Micali, que debo renunciar á vivir en mi patria por causa de Jhon, mi enemigo mortal, que ha jurado matarme.

—Alejaos del condado de Kent y estableceos en Birmingham.

—Jhon me perseguirá por todas partes; ademas, aquel agente de policia que herí ó tal vez maté en Totenham-Road... ya ves que es imposible volver á mi patria.

—Mas no obstante, es preciso vivir en alguna parte.

—Así lo creo ¿pero en dónde?

—Si os resolvieseis á permanecer algun tiempo mas en esta ciudad...

—¡Oh! ¡me moriria en cuatro dias! Micali, te digo que quisiera ser pobre.

—Eso no es difícil: disipad vuestra fortuna, jugad.

—No me gusta el juego.

—Casas.

—A cincuenta y ocho años no se aman las mugeres, ni la edad es á propósito.

—Dad convites, formaos una sociedad.

—Huyo de todo trato con mis semejantes.

—En fin, si nada os acomoda, decidme, ¿cuál es vuestro deseo?

—Fabricar cuchillos: de dia, de noche, á todas horas pienso en ellos; si algun momento disfruto de reposo es cuando se me figura que estoy forjándolos.

—Bueno, volved al oficio, estableced una fábrica en la calle de Toledo.

—El clima creo no es muy favorable para el temple del acero.

—¿Qué importa eso? Se reduce á que los cuchillos serán malos: comprareis para vos otros que sean buenos.

—Tienes razon, Micali, ¿quieres asociarte conmigo? no aventurarás ni un shelin.

—Sir Scoper: me habeis inspirado un vivo interés, porque he comprendido que érais el mejor inglés que he conocido: estando en el paquebote os vi un dia llorar: era la primera lágrima inglesa que se ha derramado á bordo de una nave: desde aquel momento determiné seros útil si acaso podia: con este designio estudié vuestro carácter, y he conocido que teniais mas gérmenes de felicidad de la que podiais soportar: es menester desechiar la que os sobra. Habeis nacido fabricante: vivid siéndolo, amigo mio: esos guantes amarillos pesan en vuestras manos mas que cien libras de acero; arrojados lejos de vos, en tanto que voy á buscaros junto al riachuelo Sebetto, muy cerca de aquí, un sitio en que establecer una fábrica: os proporcionaré obreros, os alquilaré una tienda...

—Y nunca me abandonarás: serás otro yo, querido Micali, exclamó Scoper trasportado de gozo.

—No: es imposible, respondió sonriéndose éste.

—¿Por qué es imposible? te amo como á un hermano, no lo dudes.

—Escuchad, amigo mio, sois un hombre honrado, cándido y sin mancilla: os habeis franqueado conmigo comunicándome un secreto que considerais de la mayor importancia, y ahora me toca á mí corresponder confianza por confianza: echad la vista por este pasaporte y en él vereis mi verdadero nombre.

Scoper dió un paso atrás espantado, lleno de confusion y aterrado.

—Soy, dijo el supuesto Micali sonriéndose con bondad, el príncipe P. M.; soy un ruso filósofo que viajo únicamente para estudiar el carácter inglés; he servido ya á cuatro bajo nombre supuesto con el objeto de conocerlos á fondo.

Scoper se hallaba embarazado, no sabia cómo podria escusarse convenientemente con su ex-criado el príncipe.

—No seais niño, continuó el ruso con afabilidad; soy un hombre como vos, y tal vez mas fastidiado porque soy mas rico, y príncipe ademas. Quiero compraros la primera docena de cuchillos que salgan de vuestra fábrica: id esta tarde al teatro de San Carlos, y preguntad por el palco del príncipe P. M. Adios.

Scoper se vistió con el traje mas magnífico, cubierto de diamantes, y corrió á presentarse en el teatro á la hora indicada. Quedó deslumbrado con su imponente aspecto y magnificencia: lo mas selecto de la alta sociedad ocupaba los palcos y butacas de la nobleza napolitana: el rey favorecia con su presencia la ejecucion de la Norma, en la que Duprez y la Persiani agotaban todas sus facultades: el salon resonaba con la música y las voces de los artistas, y por defuera el mar cantaba tambien al unísono, acompañando á la orquesta y á los actores: era una noche deliciosísima: el teatro se venia abajo con los no interrumpidos aplausos de los dilettanti.

Entretanto el príncipe P. M. escribia con el lápiz en su libro de memoria las líneas siguientes, que todavia no se han publicado:

«El apogeo de la civilizacion engendra una enfermedad de espíritu que mata al cuerpo. Una larga calle tirada á cordel, un camino real llano y sin obstáculos como las sendas de un parque, el interior de las casas en las que no hay estancia alguna en que no esté prevista la menor necesidad para la comodidad de la vida, son sin duda la invencion mas preciosa del genio del hombre, pero desgraciadamente no ha nacido este para que se deslicen sus dias por una cuesta suave sembrada de flores; las asperezas, los obstáculos son los que despues de vencidos proporcionan los goces de la vida. ¿Qué significan las riquezas y la civilizacion? Tomad veinte napolitanos de los mas infelices, llevadlos á Londres y decidles: esos magníficos palacios del duque de Northumberland, de Roberto Peel, de Wellington, son vuestros juntamente con las riquezas de sus dueños, y estoy seguro que antes de seis meses aquellos mendigos querrán volver á su país pobres y cubiertos de harapos, para gozar las dulzuras del benéfico sol que los calienta, de la mar que previene sus necesidades, y reposar sus miembros en el lecho de algas.»

Ocho dias despues de esta memorable noche se leia en la muestra de una tienda de la calle de Toledo:

SCOPER,

CUCHILLERO DE BIRMINGHAM.

La pluma que ha trazado estos mal pergeñados renglones se ha cortado con un cortaplumas comprado en la fábrica del pobre millonario Scoper: en el dia se considera el mas feliz de los mortales: pasa la semana en el taller, y los domingos va á solazarse con algunos amigos de confianza en una casita que ha hecho construir cerca de la costa, y en la principal fachada, encima de la puerta de entrada ha escrito:

LA VERDADERA FELICIDAD NO SE COMPRO CON EL ORO.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

EL UNIVERSO

Ó LAS OBRAS DE DIOS.

TRATADOS COMPLETOS DE HISTORIA NATURAL, SEGUN LOS TRABAJOS DE CUVIER, JUSSIEU, HAUY Y OTROS CELEBRES NATURALISTAS.

POR DON FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



PROSPECTO.

El título que precede revela suficientemente la extensión é importancia de la obra que vamos á emprender. El universo entero va á ser el objeto de nuestras tareas: todo cuanto es obra del Criador y no ha sido modificado ó alterado por la mano del hombre; todo ese armonioso conjunto de obras maravillosas, es el que intentamos describir á el alcance de todos, segun el estado actual de la ciencia, segun el saber ó las dudas del momento, procurando deducir consecuencias y hacer aplicaciones útiles y manifestando esa íntima relación que hay entre todas las partes que constituyen el universo.

No es necesario detenerse aquí á probar la utilidad del estudio de la historia natural: estudio ameno, interesante, y el primero que debe fijar las miradas del hombre, que no ha de permanecer indiferente en medio de tantas maravillas de la creación; pero sí debemos manifestar el plan de la obra y la forma que vamos á dar á su redacción.



Empezamos por manifestar francamente que no escribimos para los sabios, ni para los que tengan que hacer un estudio profundo de la Historia natural: ni es tanta nuestra presunción, ni ese sería nuestro objeto. Escribimos para los jóvenes que tienen afición á la ciencia, para los hombres de negocios y ocupaciones que nada tengan que ver con ella, para los artesanos que desean instruirse, y aun para las mugeres y las personas que no piensen en instruirse, sino en distraerse. Nuestro objeto, en fin, es añadir una mas á las muchas obras populares en que hemos acertado á comprender el gusto del público, y para ello recopilando lo mejor de muchos volúmenes que se han escrito sobre la materia, suprimiremos ciertos detalles minuciosos y otros puramente científicos, cuidando sobre todo de presentar en todos los tratados el cuadro metódico de una buena clasificación, que sirva de base al que desee adquirir mayores conocimientos, y de guía á los aficionados para ordenar sus colecciones. Los grabados, que en número de dos mil

variedad de seres que le habitan, ascenderemos por esa escala admirable, desde la materia bruta inorgánica, hasta el hombre, rey de la creación. Los tratados serán seis, y teniendo por límites el universo, abrazarán el conjunto de los seres creados en la tierra, en el agua y en el aire por el orden siguiente: 1.º Sistema del universo.—La tierra.—Clasificación general de los seres.

quinientos han de ilustrar el texto, están hechos con tal perfección que bien pueden, por otra parte, ahorrarnos algunas descripciones.

Empezaremos por la contemplación de ese espacio infinito en que se mueven los astros, que son otros tantos mundos. Observaremos luego las partes constituyentes del globo de la tierra que habitamos, y las particularidades que su superficie nos presenta, y pasando á la asombrosa



- 2.º Reino mineral.—Fósiles.
- 3.º Reino vegetal.
- 4.º Reino animal.—Vertebrados.
- 5.º Reino animal.—Invertebrados.
- 6.º Razas humanas.—El hombre.—Anatomía comparada.

He aquí cuanto era preciso describir para abrazar el vasto campo de la Historia natural, para manifestar todas las relaciones que unen íntimamente todas las partes del universo, y para examinar, poseídos de gratitud y admiración, cuanto ha sabido concebir y crear una inteligencia superior, sabia y poderosa.

No es posible presentar á nuestra vista un espectáculo mas inmenso y maravilloso, un cuadro tan magnífico en que se dé á conocer la organización de todos los seres creados, y el concurso, las relaciones y la correspondencia que entre sí tienen todas las partes de que se compone el universo. Tarea es esta en que el hombre mas sabio se ve obligado á confesar su insuficiencia para el desempeño, porque á pesar de todos los conocimientos humanos, todavía las menores producciones de la naturaleza son para el hombre otros tantos misterios. Aunque á fuerza de análisis ha llegado á descubrir las diversas sustancias, los elementos constitutivos de los cuerpos, se ve aun detenido en sus conjeturas, hallando resultados semejantes, en cuerpos enteramente opuestos.



Por eso esta obra no tendrá aspiraciones científicas, ni descubrirá fenómenos nuevos y singulares: es una mera exposición de los tesoros de la naturaleza en los diversos países del globo, que ayudará á contemplarlos con fruto, que los clasificará metódicamente por clases, órdenes, géneros, especies y aun variedades, y que ofrecerá un manantial inagotable de nuevos placeres.

Como no puede menos de suceder, á fuerza de observar y consultar las producciones de la naturaleza, se eleva el corazón hacia aquel que conserva y gobierna el universo, después de haberle creado tan grande, tan rico y tan admirable.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EL UNIVERSO O LAS OBRAS DE DIOS. Se publicará por entregas de á 24 páginas en gran 4.º y á dos columnas, de igual forma, carácter y papel que el VIAGE ILUSTRADO que acaba de concluir, con la única diferencia que en lugar de repartirse las entregas sueltas se darán de cuatro en cuatro, bajo una cubierta para que lleguen sin estropear á manos del suscriptor. El buen resultado que ha tenido el ensayo de este método que hemos hecho en otras obras, nos anima á continuarlo sin reparar en el aumento de gasto, porque suponemos que en ello agradamos á los que nos favorecen. Toda la obra constará de dos tomos de 700 á 800 páginas cada uno, formando 60 entregas ambos, por lo menos. El precio de suscripción es un real la entrega en Madrid y real y medio en provincia, ó sean cuatro reales las cuatro entregas reunidas en Madrid y seis en provincia, enviándose por el correo franco el porte. Los que prefieran recibir la obra por tomos encuadernados á la rústica, pagarán solo 30 rs. por cada uno en Madrid y 36

en provincia si se envía por los ordinarios, ó 40 si se manda por el correo, quedando á su beneficio las entregas que escedan de 60.—Las entregas se pagarán de cuatro en cuatro adelantadas; para ser suscriptor por tomos basta depositar el importe de diez entregas en el despacho de Madrid ó en las comisiones de provincia.—Todos los meses desde enero próximo, se repartirán de ocho á diez entregas, de modo que la obra quedará concluida en poco mas de seis meses. Conviene advertir que el número de grabados aplicables á los tres primeros tratados es muy escaso comparativamente con los restantes; sin embargo la obra tendrá dos mil y quinientos, mas bien mas que menos, de todas dimensiones y de una ejecución perfecta; estos grabados son enteramente nuevos, sin que se hayan publicado en ninguna otra parte, excepto un cortísimo número, y tampoco son clichés, sino hechos en madera, á propósito y copiados de las mejores obras que existen de Historia natural en todos los países.

SE SUSCRIBE. En Madrid, en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en el despacho del mismo, calle del Principe, núm. 25.

EN PARIS, En la librería española, rue de Provence, núm. 12, y en el depósito general, rue St-André des Art, núm. 47.

EN PROVINCIA ULTRAMAR y el ESTRANGERO, en casa de los corresponsales de dicho establecimiento, y de la Biblioteca Española. Los precios de ultramar y el extranjero, los señalan los corresponsales, segun el gasto que ocasionan las remesas y los términos en que se hacen.